

EL FONDO VELLUDO

Comedia de la Vida Antigua y Moderna
en Ocho Escenas

PERSONAJES

ROBERTO SMITH, "YANK"
PADDY
LONG

MILDRED DOUGLAS
SU TIA

EL SEGUNDO INGENIERO
UN AGENTE DE POLICIA

EL SECRETARIO DE UNA ASOCIACION OBRERA
Fogoneros, damas, caballeros, etc.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

ESCENARIOS

- ESCEÑA I: El castillo de proa de los fogoneros de un transatlántico, a la hora de haber zarpado de Nueva York.
- ESCEÑA II: Sección de la cubierta de paseo, dos días después, de mañana.
- ESCEÑA III: El departamento de calderas. Pocos minutos después.
- ESCEÑA IV: El mismo escenario de la escena I. Media hora después.
- ESCEÑA V: Quinta Avenida, Nueva York. Tres semanas después.
- ESCEÑA VI: Una isla próxima a la ciudad. A la noche siguiente. *cancel*
- ESCEÑA VII: En la ciudad. Un mes después, poco más o menos. *www*
- ESCEÑA VIII: En la ciudad. Atardecer del día siguiente.

ESCENA I

El castillo de proa de los fogoneros de un transatlántico, a la hora de haber zarpado éste de Nueva York en su travesía oceánica. Por todos partes, filas de angostas literas de acero, de a tres en fondo. Entrada a foro. Bancos en el suelo, delante de las literas. El aposento está atestado de hombres que gritan, blasfeman, ríen, cantan, una baraúnda confusa y naciente que va creciendo tumultuosamente basta adquirir algo así como una unidad, un sentido: el desafío perplejo, furioso, contrariado, de una fiera enjaulada. Casi todos están borrachos. Muchas botellas pasan de mano en mano. Todos visten pantalones de drill y feos zapatones. Algunos llevan puesta una camiseta, pero la mayoría está desnuda hasta la cintura.

La manera de tratar esta escena de la obra, o cualquier otra, no debe ser naturalista en modo alguna. El efecto que se busca es el de un apretado espacio de las entrañas de un barco, aprisionado por blanco acero. Las filas de literas, los pilares que las sostienen, se entrecruzan como la estructura de acero de una jaula. El cielo raso parece desplomarse sobre las cabezas de los hombres. Estos no pueden mantenerse en pie. Ello acentúa la actitud naturalmente encorvada que les han impuesto el traspaleo de carbón y el exagerado desarrollo de los músculos de la espalda y el hombro derivados de ese trabajo. Los fogoneros mismos deben recordar los cuadros en que se conjetura el aspecto del Hombre de Neandertal. Todos son de pecho velludo, largos -razos de tremenda fuerza y cejas bajas y sesgadas sobre los ojos pequeños, salvajes, plenos de resentimiento. Todas las razas blancas civilizadas están representadas allí, pero, salvo la leve diferenciación del color del cabello, de la piel, de los ojos, todos los hombres se parecen.

El telón se levanta sobre un tumulto de ruidos. Yank está sentado en primer término. Parece más ancho, más salvaje, más feroz, más fuerte y seguro de sí mismo que los demás. Estos respetan la superioridad de su vigor: es el gran respeto gruñón del miedo. Por lo demás, Yank representa también para ellos una expresión de sí mismos, la última palabra de lo que son, su prototipo individual de máximo desarrollo.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

19-abril-66
18313
513281
C.2
Ensayo

JKB

FINES:

VOCES:

¡Eh! ¡Algánzame un drago!
 ¡Toma una copa!
 ¡Salute!
 ¡Gesundheit!
 ¡Skoal!
 ¡Estás borracho comu un lord, Dios te deje tieso!
 ¡Eso es!
 ¡Suerte!
 ¡Devuélveme esa botella, maldito seas!
 ¡Se la estás derramando sobre el cuello!
 ¡Eh, Froggy! ¿Dónde diablos has estado?
 La Touraine.
 ¡Le ti un buñetazo en la mandíbula, por Tios!
 Jenkins, el primero, es un cerdo infame...
 Y los policías lo atraparon... y yo corrí...
 Brefiero la cerfeza. No lo vuelve a uno terco.
 ¡Una perra, te digo! Me robó dormido...
 ¡Al diablo con todas ellas!
 ¡Mientes, condenado!
 ¡Repíte eso!

(Tumulto. Dos hombres próximos a pelear, son separados.)

¡Mada de riñas, ahora!
 Esta noche...
 ¡Ya verás quién es más hombre!
 ¡Maldito holandés!
 Esta noche, en la cubierta de proa.
 Apuesto al holandés.
 ¡Le dará una zurra, te digo!
 ¡Callate, Gringo!
 Nada de peleas, muchachos, ¿Somos todos compañeros o no?

(Una voz empieza a vociferar una canción).

"¡Cerveza, cerveza, gloriosa cerveza!
 Hártense ahora mismo de cerveza."

YANK. -- (Parece advertir por primera vez el tumulto que reina a su alrededor, se vuelve con aire amenazador y dice, con tono desdeñosamente autoritario.)
 ¡Basta de alboroto! ¿De dónde sacan esa bazofia de cerveza? ¡Al diablo con la cerveza! La cerveza es para las muchachas... y los holandeses. ¡A mí que me dan algo con dinamita! Pásenme un trago, muchachos. (Le tienden con vehemencia varias botellas. Bebe un trago enorme de una de ellas; luego, con la botella en la mano, mira furiosamente y con aire belicoso a su dueño, que se apresura a contentar en el despojo, diciéndole: Está bien, Yank. Guárdatela y toma otro. (Yank le vuelve de nuevo la espalda a la multitud, desdeñosamente. Durante unos instantes, reina un embarazoso silencio. Luego...)

VOCES:

Sin duda, estamos nasando frente a la Curva.
 El mar está empezando a encrespase.
 Seis días en el infierno... y luego, Southampton.
 ¡Por Dios, quisiera que alguno hiciera mi brimera guardia bor mí!
 ¿Te sientes mareado, Cabeza Cuadrada?
 ¡Bebe y olvídalo!
 ¿Qué hay en tu botella?
 Ginebra.
 Eso es pepida de negros.
 ¿Ajenjo? Contiene dinamita. Vas a reventar, Froggy.
 ¡Cochón!
 ¡Whisky! ¡Ahí está la etiqueta!
 ¿Dónde se ha metido Paddy?
 Se está durmiente.
 Cántanos esa canción del whisky, Paddy.

(Todos se vuelven hacia un viejo y arrugado irlandés que dormita, muy borracho, sobre los bancos delanteros. Su rostro es muy semejante al de un mono, y en sus ojillos hay todos los tristes y pacientes sentimientos de este animal.)

¡Canta esa canción, Caruso Pat!
Está envejeciendo. La bebida le pesa demasiado.
Está más borracho de la cuenta.

PADDY. -- (Parpadeando mientras pasea la mirada a su alrededor, se levanta precipitadamente con resentimiento, tambaleándose, aferrado del borde de una litera.) Nunca estoy demasiado borracho para cantar. Sólo se me pasarán las ganas de cantar cuando está muerto. (Con una suerte de triste desdén.) ¿Quieren una saloma? Pues es un deseo extraño, tratándose de gente salvaje como ustedes, Dios los ayude. Pero no importa. (Empieza a cantar con voz tenue, nasal, triste).

¡Oh, el whisky es la vida del hombre!
¡Whisky! ¡Oh, Johnny!

(Todos corean esto.)

¡Oh, el whisky es la vida del hombre!
¡Whisky para mi Johnny!

(De nuevo el CURRO.)

¡Oh, el whisky enloqueció a mi viejo!
¡Whisky para mi Johnny!

YANK. -- (Volviéndose desdeñosamente de nuevo.) ¡Al diablo! ¡Basta de viejas viejas canciones marinas! Todas esas estupideces han muerto... ¿entiendes? Y tú también estás muerto, maldito viejo Irlanda... sólo que no lo sabes. No te afanes. Déjanos descansar. Nada de estrépito. (Con cínica sonrisa.) ¿Lo ves que estoy tratando de pensar?

TODOS. -- (Repiten la palabra con el mismo aire cínico y divertido.) ¡Pensar! (La palabra coreada tiene una estridencia metálica, como si las gargantas de los fogoneros fuesen bocinas fonográficas. Después de esto, sigue un estallido general de carcajadas ásperas y que parecen aullidos.)

VOCES:

¡No te revientes el cráneo con eso, Yank!
¡Tendrás dolor de cabeza, por Tios!
¿Saben que eso rima con "tomar",
¡Ja, ja, ja!
¡Tomar, no pensar!
¡Tomar, no pensar!
¡Tomar, no pensar!

(Todo un coro de voces ha reconido este estribillo, golpeando el suelo con el pie, descargando puñetazos en los bancos.)

YANK. -- (Bebiendo un trago de su botella, jovialmente.) Bueno. Pueden hacer ruido. Yo gané la primera vuelta. (El alboroto decrece. Una voz de tenor muy sentimental empieza a cantar.)

VOZ.-- "Allá lejos en el Canadá
lejos, del otro lado del mar,
hay una muchacha que espera cariñosamente
preparárame un hogar..."

YANK.-- (Ferozmente desdeñoso.) ¡Cállate, imbécil, piojoso! ¿De dónde has sacado esa estupidez? ¿El hogar? ¡El hogar es el infierno! ¡Yo te daré hogar! Te mataré a golpes. ¡El hogar! ¡Al diablo con él, te digo! ¿Cómo se te ocurre eso? ¡Esto es el hogar! ¿Vez? ¿Qué quieres con ése? (Orgullosamente.) Yo huí del mío cuando niño. ¡Y bastante me alegró poder hacerlo! El hogar era para mí las zurras, nada más. ¡Pero pueden apostarse la camisa a que nadie me zurró desde entonces! ¿Quiere probar alguno de ustedes? ¡Hum! Me parece que no. (Con tono más tranquilo, pero aún desdeñoso.) Los esperan las muchachas... ¿verdad? ¡Al diablo! Todo eso es una estupidez. Esas a nadie esperan. Lo venden a uno por un níquel. Todas son mujerzuelas... ¿me entienden? Tratarlas con rudeza: eso hago yo. ¡Al diablo con ellas. Mujerzuelas. Todas no son más que mujerzuelas.

LONG -- (Muy borracho, salta sobre un banco, muy excitado, gesticulando con una botella en la mano.) ¡Escucnen, camaradas! Yank tiene razón. Dice que este hediondo barco es nuestro hogar. Y que el hogar es el infierno. Vivimos en el infierno, camaradas... y, probablemente, moriremos en él.

(Furioso.) ¿Y quién tiene la culpa, pregunto yo? Nosotros, no. No hemos nacido en situación tan estúpida. Todos los hombres nacen libres e iguales. Eso está en la Biblia, compañeros. Pero... ¿qué les importa la Biblia a esos cerdos perezosos e hinchados que viajan en primera? Son ellos los culpables. ¡Son ellos quienes nos han arrastrado hacia abajo, hasta convertirnos en esclavos a sueldo en las tripas de un infame barco, sudando, abrasándonos, tragando polvo de carbón! ¡Son ellos quienes tienen la culpa... la maldita clase capitalista! (Entre los fogoneros ha empezado a elevarse gradualmente un murmullo de resentimiento, hasta que éste se ve interrumpido por una tempestad de maullidos, silbidos, ásperas carcajadas y una rechifla general.)

LAS VOCES:

¡Cierra la esnita!
 ¡Cállate!
 ¡Siéntate!
 ¡Que no te veamos la cara!
 ¡Maldito estúpido! (Etcétera.)

YANK. -- (Poniéndose de pie y mirando furiosamente a Long.) ¡Siéntate, antes de que te haga bajar a golpes! (Long se apresura a eclipsarse. Yank prosigue, desdeñosamente.) Conque la Biblia... ¿eh? Conque la clase capitalista... ¿no? Oh, basta de espantajos propios de los socialistas y del Ejército de Salvación. ¡Consígueme un cajón para subir y echar un discurso! ¡Alquila un salón! Vengan y se salvarán... ¿he? A los brazos de Jesús... ¿verdad? ¡Oh! ¡Al diablo con eso! Ya he escuchado a un montón de tipos como tú... ¿entiendes? Te equivocas de medio a medio. ¿Quieres saber mi opinión? Pues te diré que eres un inútil. Una basura. Un tipo sin pantalones... ¿me entiendes? Un cobarde, eso es todo. Un cobarde. Vamos a ver... ¿Qué tiene de común con nosotros esa gentuza de primera? ¿Acaso no somos más hombres que ellos? ¡Claro que lo somos! Cualquiera de nosotros podría barrer a toda esa turba con un dedo. Si alguno de ellos tuviese que venir aquí al departamento de calderas, para hacer un solo turno... ¿qué pasaría? Se lo llevarían en camilla. Esos pájaros nada valen. Son mero equipaje. ¿Quién hace correr a esta vieja cuba? ¿No somos nosotros, acaso? Eso quiere decir que estamos aquí en el lugar que nos corresponde, y ellos no. Estamos donde debemos estar, y ellos no. Eso es todo. (Ruidoso coro de aprobación.) En cuanto a eso de que esto es el infierno... ¡Bah! ¡Tonterías!... Has perdido el coraje, Long. Eso es todo. Esto es un trabajo para hombres... ¿entiendes? Un lugar para hombres. Son hombres los que hacen correr esta cuba. Los de aguante no necesitan floriqueos. Pero... ¿acaso eres de aguante tú? Eres un cobarde, eso eres.

LAS VOCES (con grande y rudo orgullo):

¡Eso!
 ¡Trabajo de hombres!
 Es fácil hablar, Long.
 Long nunca pudo sujetar la lengua.
 ¡Que se vaya al diablo!
 Yank tiene razón. Nosotros hacemos marchar esto.
 ¡Por Dios, Yank tiene toda la razón!
 ¡No necesitamos que nadie floriquee por nosotros.
 ¡Ni nos eche discursos.
 ¡Echenlo!
 ¡Cobarde!
 ¡Echenlo por la horda!
 ¡Le romperé la mandíbula!

(Todos se agolpan en torno de Long, con aire amenazante:)

YANK. -- (Recuperada a medias su jovialidad, desdeñosamente.) Eh... No le den importancia al asunto. Dejen en paz a Long. No vale un puñetazo. Beban. Así se bebe, quienquiera sea el dueño de la botella. (Toma un largo trago de su botella. Todos beben con él. Instantáneamente, vuelve a reinar una regocijada amabilidad, hay palmadas en las espaldas, ruidosa conversaciones, etc.)

PADDY. -- (Que ha permanecido sentado, en un parpadeante y melancólico aturdimiento, exclama bruscamente, con voz llena de viejo dolor.) ¿Dices que aquí estamos en el lugar que nos corresponde? ¿Dices que hacemos andar el barco? ¡Pues, entonces, que Dios Todopoderoso se apiade de nosotros! (Su voz asciende hasta el gemido de la endecha y Paddy se mece atrás y adelante en su banco. Los fogoneros lo miran, sobresaltados e impresionados contra su voluntad.) ¡Oh, volver a los hermosos días de mi juventud, ay de mí! ¡Oh, había magníficos barcos entonces, clipers de altos mástiles que tocaban el cielo... y en ellos hombres fuertes y hermosos... hombres que eran hijos del mar, como si el mar fuese la madre que los había parido! ¡Oh, qué limpia piel tenían y qué claros ojos y qué erguidas espaldas y qué fuertes pechos! ¡Eran hombres valientes y también audaces, por cierto! Zarpábamos, para dar la vuelta al Cabo de Hornos quizá. Aparejábamos al amanecer, con una linda brisa, cantando una despreocupada saloma. Y a popa, la tierra se iba sumergiendo y esfumando cada vez más, pero nosotros no le prestábamos atención, apenas si reíamos y no volvíamos los ojos. Nos bastaba con el día que vivíamos, porque éramos hombres libres... y yo creo que sólo los esclavos piensan en el día que ha pasado o en el que vendrá... hasta que son viejos como yo. (Con una suerte de exaltación religiosa.) ¡Oh! ¡Deslizarse rápidamente de nuevo hacia el Sur, impulsada la nave sin cesar por la fuerza de los vientos alisios, de día y de noche! ¡Con las velas desplegadas! ¡De noche y de día! ¡De noche, cuando la espuma de la estela parece un requero de fuego, cuando el cielo se incendia y parpadea con sus estrellas! ¡O la luna llena, quizás. Entonces se podía ver avanzar a nuestro barco a través de la noche gris, con las velas tendidas hacia lo alto, todo plata y blancura, ni un solo rumor en la cubierta, todos nosotros soñando, a tal punto que se podía creer que no estábamos en un verdadero navío, sino en un barco fantasma como "El Holandés Errante" que según dicen, vaga eternamente por los mares sin tocar puerto jamás. Y aquellos días también. Un tibio sol sobre las cubiertas limpias. El sol, calentándonos la sangre, y el viento que llegaba desde muchas millas de centelleante verde del océano, como una fuerte bebida para nuestros pulmones. El trabajo... Sí... El trabajo era duro... pero... ¿a quién le importaba eso? Naturalmente. Uno trabajaba bajo el cielo mismo, aquello era una tarea que exigía destreza y audacia. ¡Y concluida la jornada, mientras yo hacía la guardia de cuartillo y fumaba tranquilamente mi pipa, el vigía solía avistar tierra y veíamos las montañas de la América del Sur y el rojo fuego del sol poniente, que pintaba sus blancas cumbres y las nubes que flotaban sobre ellas! (Su tomo de exaltación se extingue, Paddy prosigue, con acento plañidero.) ¡Ay! ¿De qué sirve hablar? Esto es el murmullo de un muerto. (A Yank, con resentimiento.) Era entonces cuando los hombres ocupaban en los barcos el lugar que les correspondía, no ahora. Era entonces cuando un barco formaba parte del mar y un hombre formaba parte de un barco y el mar los unía a todos en una sola cosa. (Despreciativamente.) ¿Y tú quieres estar unido a esto, Yank... al negro humo de las chimeneas que manchan el mar y llenan de hollín las cubiertas, a esas malditas máquinas que martillan y jadean y trepidan, sin ver ni pizca de sol y sin aspirar una sola bocanada de aire fresco... a esto, donde vivimos asfixiándonos con el polvo del carbón... deslomándonos y rompiéndonos los corazones en el infierno de un departamento de calderas... alimentando a ese condenado horno... dándole nuestras vidas con el carbón, se diría... enjaulados por el acero, que nos impide ver el cielo, como si fuésemos unos ridículos monos del Zoológico? (Con áspera risa.) ¡Ja, ja! ¡El demonio te ayude! ¿Quieres pertenecer a esto? ¿Quieres ser un engranaje de carne y hueso de las máquinas?

el pasado

YANK. -- (Que ha estado escuchando con desdeñosa risa, ladra la respuesta.) ¡Claro! Así soy yo. ¿Y qué?

PADDY. -- (Como para sí, con gran aflicción.) ¡Mis tiempos han pasado. ¡Ojalá alguna ola llena de sol me barra algún día por la borda, mientras esté soñando con los días de antaño!

YANK. -- ¡Cállate, estúpido! (Se levanta de un salto y avanza sobre Paddy con aire amenazador; luego, se detiene, librando alguna extraña lucha interior y deja caer sus manos sobre los costados, desdeñosamente.) Oh... No vale la pena. Después de todo, tienes razón. Eres una sabandija, eso es todo... chiflado como un cuclillo. Todos esos desatinos que has estado diciendo... Oh... Tanto da. Sólo que eso está muerto... ¿entiendes? Ya no estás donde te corresponde. Te falta la pasta. Eres demasiado viejo. (Con repulsión.) Pero... ¡mira... No te olvides de subir a tomar aire de vez en cuando... ¿Verdad que podrás hacerlo? Para ver qué ocurrió desde que reventaste. (Súbitamente, con vehemencia, cada vez más excitado.) ¡Oye! ¡Es claro que lo he dicho en serio! ¡Qué diablos!... ¡Déjeme hablar! ¡Eh! ¡Oye, viejo Irlanda! ¡Oigan, muchachos! Escúchenme...

numero de máquinas

esperen un momento... tengo que hablarles... ¿comprenden? Yo estoy en el lugar que me corresponde, y él no. El está muerto, pero yo estoy vivo. ¡Escúchenme! ¡Claro está que formo parte de las máquinas! ¿Por qué no, qué diablos? ¿Acaso no son veloces? ¿Acaso no se abren camino contra viento y marea? ¡Veinticinco nudos por hora! ¡Eso ya es andar! ¡Es ser algo nuevo! ¡Es estar donde se debe estar! Pero Paddy es demasiado viejo. Siente vértigos. Escúchenme... Todos esos desatinos sobre las noches y los días, todos esos desatinos sobre las estrellas y las lunas, los soles y los vientos, el aire fresco y lo demás... ¡Oh! ¡Qué diablos! ¡Todo eso es el sueño de un hombre que toma drogas! Lo que hace Paddy es tocar la flauta del pasado. Es viejo y ya está fuera de lugar aquí. Pero yo... ¡yo soy joven! ¡Estoy en mi mejor estado físico! Me muevo con esto! ¡Me arrastra! Hablo de lo que es las tripas de todo esto. ¡Arrasa con todos los desatinos que ése ha estado diciendo, los revienta, los destruye! ¡Los borra de la superficie de la tierra! ¡Me arrastra! ¡Las máquinas y el carbón y el humo y todo lo demás! Paddy no puede respirar y tragar el polvo del carbón, pero yo sí puedo... ¿entienden? ¡Eso es aire fresco para mí! ¡Es alimento para mí! ¡Me deja como nuevo... ¿entienden? ¿El infierno en el departamentos de calderas? ¡Claro! ¡Hace falta un hombre para trabajar en el infierno! ¿El infierno? ¡Claro! Ese es mi clima favorito! ¡Lo como! ¡Me encorda! ¡Soy yo quien le da calor! ¡Soy yo quien lo hace rugir! ¡Soy yo quien lo mueve! Claro, sólo por mí se detiene todo. Todo queda sin vida... ¿me entienden? Se detienen el ruido y el humo y todas las máquinas que se mueven en el mundo. ¡Ya no queda otra cosa! ¡Eso es lo que digo! Todo lo demás que mueve al mundo, es movido por algo. No puede moverse sin que lo mueva algo... ¿entienden? Y, entonces, llegamos a mí. ¡Yo estoy en la base de todo! ¡Debajo de todo! ¿entienden? No hay nada más allá. ¡Soy el fin! ¡Soy el principio! ¡Yo soy un impulso y el mundo se mueve! Eso... ¡yo!... ¡es lo nuevo que está matando a lo viejo! Yo soy el que hace arder el carbón, soy el vapor y el aceite de las máquinas, soy lo que hace oír los ruidos, soy el humo y los trenes expresos y los navíos y las sirénas de las fábricas... ¡soy lo que convierte el oro en diner! ¡Y lo que convierte el hierro en acero! ¡En acero, la base de todo! ¡Y soy el acero mismo... el acero... el acero!... ¡Soy los músculos del acero... La dinamita que está detrás de los músculos! (Al decir esto, descarga un puñetazo sobre las literas de acero. Todos los fogoneros, excitados hasta un frenesí de autoglorificación por las palabras de Yank, hacen otro tanto. Un ensordecedor estrépito metálico, a través del cual se oye bramar a la voz de Yank.) ¿Esclavos? ¡Qué diablos! Nosotros lo movemos todo. ¡Toda esa gente rica que cree ser algo, nada es! ¡No está en el lugar que le corresponde! ¡Pero nosotros, camaradas, los que lo movemos todo, estamos en la base, todo es nuestro! (Paddy, desde el principio de la perorata de Yank, ha estado bebiendo un trago tras otro de su botella, en los primeros momentos con temor, como si temiera escuchar, luego con desesperación, como para ahogar sus sentidos, pero finalmente ha llegado a una borrachera de total indiferencia, hasta divertida. Yank ve moverse sus labios y domina el alboroto con un grito.) Eh, muchachas... ¡Calma! ¡Esperen un momento! Ese chiflado está diciendo algo...

PADDY. -- (Se oye ahora su voz. Echa atrás la cabeza, con burlona risotada.)
Ho, jo, jo, jo...

YANK. -- (Amargando un golpe, con un gruñido.) ¡Eh! ¡Fíjate a quien le
ladras!

PADDY. -- (Comienza a cantar el "Violinero de Dee", con enorme jovialidad.)

"De nadie me preocupo, no, por cierto
y nadie se preocupa de mí".

YANK. -- (En un arranque de jovialidad, también, interrumpe a Paddy, dándole en la espalda desnuda una palmada que suena como un pistoletazo.) ¡Así se habla! Ahora te estás volviendo razonable. ¡No preocuparse de nadie, eso es! ¡Al diablo con todos ellos! ¡Y al diablo con las preocupaciones de los demás por nosotros! ¡Yo puedo cuidarme solo! ¿Me entiendes? (Suenan ocho campanadas, ahogadas, que vibran a través de las paredes de acero como si algún enorme bong de latón estuviese embutido en el corazón del navío. Todos los hombres se levantan mecánicamente de un salto y se escurren en silencio por la puerta, muy pegados los unos a los otros, como en fila de presos. Yank le asesta a Paddy una palmada en la espalda.) ¡Nuestra guardia, viejo Irlanda! (Burlón.) Bajemos al

El hambre del trabajo

infierno. Cómete el polvo de carbón. Bébete el calor. ¡Es eso! ¿Comprendes? Haz como si te gustara, será mejor... o revienta.

PADDY. -- (Con jovial desafío.) ¡Al diablo con eso! No me presentaré a esa guardia. Que me anoten en el cuaderno de bitácora y maldistos sean. No soy un esclavo como ustedes. Me quedaré aquí, cómodamente sentado, bebiendo, pensando y soñando.

YANK. -- (Despectivamente.) ¡Pensando y soñando! ¿Qué conseguirás con eso? ¿Qué relación hay entre el pensar y eso? ¿Acaso no nos movemos? ¿Acaso no tenemos velocidad? Querrás referirte a la niebla. Pero... ¿Acaso no la atravesamos? ¡La partimos en dos y la destrozamos... a veinticinco nudos por hora! (Le vuelve la espalda a Paddy, desdeñosamente.) ¡Bah! ¡Me das náuseas! ¡No estás en el lugar que te corresponde! (Sale a grandes pasos por foro. Paddy canturrea para sí, parpadeando con aire soñoliento.)

TELON

ESCENA II

Dos días de travesía. Una sección de la cubierta de paseo. Mildred Douglas y su tía aparecen tendidas sobre sillas-tijeras. Mildred es una muchacha de veinte años, esbelta, delicada, de rostro pálido y bello empañado por una afectada expresión de desdenosa superioridad. Parece irritable, nerviosa y descontenta, fastidiada por su propia anemia. Su tía es una anciana aparatosa y altiva. Constituye un tipo peculiar hasta por su doble mentón y sus impertinentes. Viste de manera presuntuosa, como temiendo que su sola fisonomía no defina su posición en la vida. Mildred viste de blanco de pies a cabeza.

Esta escena debe dar la impresión de la hermosa y animada vida de mar circundante, los rayos de sol que inundan la cubierta, los frescos vientos marinos que soplan sobre ella. En medio de todo esto, se destacan esas dos chocantes y artificiales figuras, inertes y sin armonía: la anciana semejante a un trozo gris de cochura con un toque rojo, la joven con el aire de quien ha visto minada la vitalidad de su estirpe desde antes de su concepción, de modo que ella no expresa su energía vital, sino simplemente los amañamientos que se ha asimilado la energía al gastarse.

MILDRED. - (Mirando el cielo, con afectado aire soñoliento.) ¡Cómo se proyecta el humo negro contra el cielo! ¿Verdad que es hermoso?

LA TIA. -- (Sin mirar.) Me disgustan todas las clases de humo.

MILDRED. -- Mi bisabuela fumaba en pipa... con una pipa de arcilla.

LA TIA. -- (Con irritación.) ¡Qué vulgar!

MILDRED. -- Era una parienta demasiado lejana para ser vulgar. El tiempo sazona las pipas.

LA TIA. -- (Fingiendo hastío, pero irritada.) ¿Te enseñó eso la sociología que aprendiste en el colegio superior... a hacer el vampiro en todas las ocasiones posibles, desenterrando viejos huesos? ¿Por qué no dejas que tu bisabuela descanse en paz en su tumba?

MILDRED. -- (Soñolienta.) Con la pipa a su lado... lanzando bocanadas de humo en el paraíso.

LA TIA. -- (Con resentimiento.) Sí, eres un vampiro nato. Hasta te estás pareciendo poco a poco a un vampiro, querida!

MILDRED. -- (Con tono indiferente.) Te detesto, tía. (Mirándola con aire crítico.) ¿Sabes qué me recuerdas? Un pastel de cerdo frío que se destaca sobre una carpeta de hule en la mesa de la cocina de un... pero las posibilidades son aburridas. (Cierra los ojos.)

des son aburridas. (Cierra los ojos.)

LA TIA. -- (Con amarga risa.) Gracias por tu sinceridad. Pero ya que soy y debo ser tu dama de compañía - en apariencia, al menos - pactemos alguna suerte de tregua armada. Por mi parte, tienes absoluta libertad para permitirme cualquier actitud excéntrica que te seduzca... con tal de que no olvides la sociabilidad...

MILDRED. -- (Arrastrando la palabra.) ¿La insubstancialidad?

LA TIA. -- (Prosiguiendo, como si no hubiese oído.) Después de haber agotado las morbosas emociones del trabajo de ayuda social en el East Side de Nueva York - ¡Cómo debieron odiarte los pobres a quienes empobrecías más aun ante sus ojos! - te inclinas ahora a internacionalizar tu vagabundeo por los barrios bajos. Confío en que Whitechapel te proporcionará el tónico nervioso que necesitas. Pero no me pidas que te sirva allí de dama de compañía. Le dije a tu padre que no lo haría. Aborrezco la deformidad. Contrataré a un ejército de detectives y podrás investigar todo... lo que te dejen ver.

MILDRED. -- (Protestando, con un dejo de auténtica seriedad.) Por favor, no te burles de mis tentativas de descubrir cómo vive la otra mitad. Reconóceme en eso, al menos, cierta sinceridad a tientas. Me gustaría servir de algo en el mundo. ¿Es culpa mía si ignoro la manera de hacerlo? Me gustaría ser sincera tocar la vida en alguna parte. (Con fatigada amargura.) Pero temo no tener la vitalidad ni la integridad necesarias. Todo se quemó en nuestra estirpe antes de mi nacimiento. Los altos hornos del abuelo llamaron hasta el cielo, derripiendo el acero, amasando millones... Luego, papá conservó el fuego de esas parrillas de nuestro hogar, agregando nuevos millones... y yo fui como un pequeño apéndice al final de todo. Soy un producto de desecho del proceso Bessemer... como los millones. O, mejor dicho, he heredado el rasgo adquirido del subproducto, la riqueza, pero ni un ápice de la energía, de la fuerza del acero que la hizo. He sido engendrada por el oro y condenada por él, como dicen en el hipódromo... hablando de caballos. Condenada en más de una forma. (Ríe, con una risa sin alegría.)

LA TIA. -- (Sin dejarse impresionar, con el ceño fruncido.) Según parece, hoy te apasiona la sinceridad. Eso no te sienta muy bien, francamente... salvo como una pose evidente. Te aconsejo que seas todo lo artificial que eres... naturalmente. En eso hay cierta sinceridad... ¿comprendes? Y, después de todo, confiesa que te gustaría más.

MILDRED. -- (Nuevamente amanerada y aburrida.) Sí, Subongo que sí. Perdóname mi arranque. Cuando un leopardo se lamenta de sus manchas, la queja debe resultar bastante grotesca. (Con tono burlón.) Ronronea, pequeño leopardo. Ronronea, araña, desgarrar, mata, sáciate y sé feliz... pero quédate en la selva donde tus manchas son un camouflage. En una jaula, te destacarán.

LA TIA. -- No sé de qué estás hablando.

MILDRED. -- Sería grosero hablarte de algo. Limitémonos a hablar. (Mira su reloj-pulsera.) Bueno... A Dios gracias, se aproxima la hora en que vendrán a buscarme. Eso me proporcionará una nueva emoción, tía.

LA TIA. -- (Con fingida preocupación.) ¿No querrás decir que piensas ir realmente? La suciedad... el calor debe ser espantoso...

MILDRED. -- El abuelo empezó como pudelador. Debo haber heredado una inmunidad al calor capaz de darle escalofríos a una salamandra. Será divertido ponerla a prueba.

LA TIA. -- Pero... ¿no necesitas el permiso del capitán... o de no sé quien... para visitar el departamento de calderas?

MILDRED. -- (Con sonrisa triunfante.) Lo tengo... tanto el suyo como el del ingeniero principal. Oh... No querían dármele al principio, pese a mis credenciales del servicio de ayuda social. No parecían sentir el menor deseo de que yo investigara cómo vive y trabaja la otra mitad en un navío. Dado la cual decidí decirles que mi padre, el presidente de la Nazareth Steel, miembro del directorio de esta línea naviera, me había autorizado a hacerlo.

LA TIA. -- No te autorizó.

MILDRED. -- ¡Cuán ingenua se vuelve la gente con el transcurso de los años! Pero yo dije que sí, tía. Hasta dije que me había dado una carta para ellos... que se me había perdido. Y tuvieron miedo de correr el riesgo de comprobar mi posible mentira. El segundo ingeniero me escoltará. (Volviendo a mirar su reloj.) Ya es hora. Y creo que ahí viene. (Entra el segundo ingeniero. Es un hombre de unos treinta y cinco años, gallardo, fornido. Se detiene delante de ambas y saluda tocándose la gorra, con visible turbación y malestar.)

EL SEGUNDO INGENIERO. -- ¿La señorita Douñas?

MILDRED. -- (Tirando de sus mantas y poniéndose de pie.) ¿Estamos prontos para empezar?

EL SEGUNDO INGENIERO. -- Dentro de un momento, señorita. Estoy esperando al cuarto ingeniero. Ya viene.

MILDRED. -- (Con desdeñosa sonrisa.) Usted no quiere cargar solo con esta responsabilidad... ¿no es así?

EL SEGUNDO INGENIERO. -- (Con sonrisa forzada.) Dos valen más que uno. (Molesto ante la mirada de Mildred, desvía los ojos hacia el mar y dice.) Hermoso día.

MILDRED. -- ¿Le parece?

EL SEGUNDO INGENIERO. -- Una hermosa brisa tibia.

MILDRED. -- Pues a mí, me parece fría.

EL SEGUNDO INGENIERO. -- Pero al sol hace bastante calor...

MILDRED. -- Insuficiente para mí. No me agrada la naturaleza. Nunca fui atlética.

EL SEGUNDO INGENIERO. -- (Forzando una sonrisa.) Pues ya sentirá bastante calor en el sitio a donde va.

MILDRED. -- ¿Se refiere al infierno?

EL SEGUNDO INGENIERO. -- (Atónito, opta por reír.) ¡Ja, ja! No. Me refiero al departamento de calderas.

MILDRED. -- Mi abuelo fue pudelador. Jugaba con acero hirviente.

EL SEGUNDO INGENIERO. -- (Completamente perplejo y turbado.) ¿De veras? Hum... Discúlpeme, señorita, pero... ¿Piensa ir con ese vestido?

MILDRED. -- ¿Por qué no?

EL SEGUNDO INGENIERO. -- Seguramente, tendrá que rozarse con el aceite y la mugre. Eso será inevitable.

MILDRED. -- No importa. Tengo muchísimos vestidos blancos.

EL SEGUNDO INGENIERO. -- Poseo una chaqueta vieja que usted podría echarse encima...

MILDRED. -- Tengo cincuenta vestidos idénticos. Arrojaré éste al mar cuando vuelva. Supongo que así quedará limpio... ¿no le parece?

EL SEGUNDO TENIENTE. -- (Obstinadamente.) Habrá que bajar escalerillas... que no están muy limpias... y pasillos oscuros...

MILDRED: -- Usaré este vestido y no otro.

EL SEGUNDO INGENIERO. --- No he tenido el propósito de molestarla. Eso no es cosa mía. Me limitaba a ponerla en guardia...

MILDRED. -- ¿A ponerme en guardia? Eso suena de un modo emocionante.

EL SEGUNDO INGENIERO. -- (Mirando al otro extremo de la cubierta, con un suspiro de alivio.) Ahí está el cuarto. Nos espera. Si viene usted conmigo...

MILDRED. -- Vaya. Lo seguiré. (El segundo ingeniero se va. Mildred se vuelve hacia su tía con burlona sonrisa.) Un idiota... pero un idiota hermoso, viril.

LA TIA. -- (Despectivamente.) ¡Farsante!

MILDRED. --
Ten cuidado. Ese hombre dijo que había pasillos oscuros...

LA TIA. -- (Con el mismo tono.) ¡Farsantes!

MILDRED. -- (Mordiéndose los labios, irritada.) Tienes razón. ¡Pero preferiría que mis millones no fueran tan anémicamente castos!

LA TIA. -- ¡Sí! ¡No dudo de que, a cambio de una nueva pose, serías capaz de arrastrar por el arroyo el nombre de los Douglas!

MILDRED. -- El arroyo del cual salió. Adiós, tía. No reces con tanta insistencia por que yo caiga en el horno ígneo.

LA TIA. -- ¡Farsante!

MILDRED. -- (Con malignidad.) ¡Vieja bruja! (Abofetea a su tía con aire insultante y se va, riendo alegremente.)

LA TIA. -- (Gritando en pos de Mildred.) ¡Dije farsante!

TELON

ESCENA III

El departamento de calderas. A foro, las moles vagamente perfiladas de los hogares y las calderas. Arriba, muy en lo alto, pende una lámpara eléctrica que proyecta apenas, a través del lóbrego aire cargado de polvo de carbón, la luz suficiente para acumular masas de sombras por todas partes. Una fila de hombres, desnudos hasta la cintura, se halla ante las puertas de los hogares. Se inclinan, sin mirar a la derecha ni a la izquierda, manejando sus palas como si éstas formasen parte de sus cuerpos, con un ritmo extraño, torpe, de balanceo. Las usan para abrir las puertas de los hogares de las calderas. Entonces, de los ígneos agujeros redondos brota en la oscuridad un torrente de terrorífica luz y calor que se vierte sobre los hombres, cuyas siluetas se perfilan en agazapadas y bestiales actitudes, semejantes a las de unos gorilas encadenados. Los fogoneros palean con movimientos rítmicos, girando como sobre un eje al volverse del carbón amontonado en el suelo a sus espaldas, para arrojarlo a las llameantes bocas que tienen delante. Hay un tumulto de ruidos; la estridencia metálica de las puertas de los hogares al abrirse o cerrarse, el agudo chirrido del acero contra el acero, el rumor del carbón al caer. El choque de ruidos abrumba los oídos con su desgarrante disonancia. Pero en ésta hay un orden, un ritmo, una repetición mecánicamente regulada, un compás. Y, dominando todo este estruendo, estremeciendo el aire con el temblor de la energía liberada, se distingue el bramido de las saltarinas llamas en los hogares, el monótono y vibrante jadear de las máquinas.

Al alzarse el telón, las puertas de los hogares están cerradas. Los fogoneros hacen una pausa para descansar. Dos de ellos están arreglando el carbón

que se halla a sus espaldas, amontonándolo en forma más accesible. Los demás se distinguen apenas, apoyados sobre sus palas, en laxas actitudes de agotamiento.

PADDY. -- (Desde algún sitio de la fila, quejumbrosamente.) Ay de mí... ¿Cuándo terminará de una vez esta endiablada guardia? Tengo rotas las espaldas. Estoy completamente deshecho.

YANK. -- (Desde el centro de la fila, con exuberante desdén.) ¡Vamos, me das náuseas! ¡Tiéndete y revienta, será mejor! ¡No haces más que decir estupideces! ¿No ves que esto es una ganga? ¡Se ha hecho para mí! ¡Es mi alimento! ¿Entiendes? (Se oye sonar un silbato: una nota aguda y penetrante que llega desde las tinieblas, desde allá arriba, no se sabe de dónde. Yank profiere una maldición sin rencor.) Ahí está ese maldito ingeniero haciendo restallar el látigo. Cree que estamos holgazaneando.

PADDY. -- (Con tono vengativo.) ¡Ojalá se muera!

YANK. -- (Con regocijado tono de orden.) ¡Vamos, muchachos! ¡A nuestro juego! ¡Esa tiene hambre! ¡Denle algo de comer! ¡Echenle comida en la panza! ¡Vamos ya, todos! ¡Abranla! (Al oír estas últimas palabras, todos los hombres, que han imitado los movimientos de Yank, adoptando la misma posición, abren las puertas de sus hogares con ensordecedora estridencia metálica. La ígnea luz se vierte torrencialmente sobre sus hombros cuando se dan vuelta inclinados, en procura del carbón. Los arroyuelos de fuliginoso sudor han trazado mapas sobre sus espaldas. Sus agrandados músculos forman manojos prominentes de luz y sombra.)

YANK. -- (Contando con un canturreo, mientras traspala sin esfuerzo aparente.) Uno... dos... tres... (Su voz se eleva con gozo en la alegría de la lucha.) ¡Eso es! ¡Dénselo! ¡Todos a un tiempo, ahora! ¡Tírenselo! ¡Descarguen! ¡Que entre bien el carbón! ¡Fíjense cómo se mueve! ¡Miren el humo que despide! ¡Velocidad! ¡Ese es su nombre de pila! ¡Denle carbón, muchachos! ¡El carbón! ¡Ese es su aguardiente! ¡Bébetelo, nena! ¡Veremos como corres! ¡Echenle y ganemos un vuelta! ¡Allá vaaa. (Esto último, dicho con el canturreo de los espectadores de las graderías populares en la barrera ciclista de los seis días. Yank cierra la puerta de su hogar con violencia. Los demás hacen lo mismo, con toda la simultaneidad que les permiten sus fatigados cuerpos. El efecto producido es el de una serie de ojos ígneos que se van esfumando, acompañados por una sucesión de golpes.)

PADDY. -- (Gruñendo.) Tengo rotas las espaldas. Estoy fuera de combate... (Pausa. Luego, vuelve a sonar el inexorable silbato desde las tenebrosas regiones existentes encima de la luz eléctrica. De todas partes brotan gruñidos de maldiciente ira.)

YANK. -- (Agitando el puño hacia arriba, despectivamente.) ¡Eh! ¡Tómalo con más calma! ¿Quién maneja este juego a tu entender, tú o yo? Cuando yo esté pronto, nos veremos. ¡No antes! ¡Cuándo yo esté pronto! ¿Me entiendes?

LAS VOCES (Con tono de aprobación):

¡Así se habla!
 ¡Yank se lo tijo, por Tios!
 Yank no tiene miedo.
 ¡Puen muchacho, Yank!
 ¡Dale fuerte!
 ¡Díle que es un puerco infame!
 ¡Díle que es un negrero!

YANK. (Desdeñosamente.) Ese no tiene coraje. Es un cobarde. ¿Le entienden? Todos los ingenieros son cobardes. La cobardía les desborda. ¡Al diablo con él! ¡Movámonos, muchachos. Ya hemos descansado. ¡Vamos, ella

lo necesita! ¡Hay que darle fuerzas! No por él. El y su silbato no están aquí en el lugar que les corresponde. ¡pero nosotros sí! ¿Comprenden? ¡Tenemos que darle de comer a la nena! (Se vuelve y abre de par en par la puerta de su hogar. Todos lo imitan. En ese momento, entran desde las tinieblas de la izquierda los ingenieros segundo y cuarto, con Mildred entre ambos. La joven se sobresalta, palidece, se la ve desfallecer, acusa un escalofrío de miedo a pesar del tremendo calor, pero logra con un esfuerzo separarse de los ingenieros y dar unos pasos más hacia los fogoneros. Se halla exactamente detrás de Yank. Todo esto sucede rápidamente, mientras los fogoneros están vueltos de espaldas.)

YANK. — ¡Vamos, muchachos! (Se vuelve para levantar carbón, cuando se oye nuevamente el silbato, con una nota perentoria e irritante. Esto provoca en Yank una repentina furia. Mientras los demás fogoneros han dado la vuelta lo suficiente para verla, mientras procura localizar al dueño del silbato y blande la pala con ánimo sanguinario por sobre su cabeza con una de las manos, y se golpea el pecho como un gorila con la otra, gritando.) ¡Basta de tocar ese silbato! ¡Baja aquí, cobarde, haragán de Belfast de botones dorados! ¡Baja y te machacaré los sesos! ¡Perro pijo, hediondo, cobarde! ¡Bribón, asesino de cristianos! ¡Baja y te mataré! Conque tocándome el silbato... ¿no? ¡Yo te daré una lección! ¡Te humillaré el cráneo! ¡Te echaré los dientes en la garganta! ¡Te meteré la nariz dentro de la cabeza! Te sacaré las tripas por una moneda, imbecil pija, inmundo, flojo, devorador de estiércol, hijo de ... (Bruscamente advierte que todos los fogoneros contemplan absortos algo que está detrás de él! Gira con rapidez sobre sí mismo con gesto defensivo y un gruñido homicida, disponiéndose a saltar, apretando los labios contra los dientes con un fulgor en los ojillos. Ve entonces a Mildred, semejante a una blanca aparición bajo la plena luz de las puertas abiertas del hogar. La mira furiosamente en los ojos, petrificado. En cuanto a ella, ha escuchado las palabras de Yank paralizada de horror, de espanto, aplastada toda su personalidad, vencida y en total colapso por el terrorífico choque con esa desconocida e insondable brutalidad, desnuda e innominada. Al mirar el rostro de gorila de Yank, cuando éste ha fijado los ojos en sus ojos, Mildred profiere un grito apenas audible y sofocado y se echa atrás, cubriéndose los ojos con ambas manos para no verle el rostro, para proteger el suyo. Esto provoca en Yank una reacción. Queda boquiabierto, ausus ojos asoma la perplejidad.)

MILDRED. -- (Próxima a desmayarse, a los ingenieros, que la han tomado ya uno de cada brazo, con tono gimoteante.) ¡Sáquenme de aquí! ¡Oh, esa bestia inmunda! (Se desmaya. Los ingenieros se la llevan rápidamente, desapareciendo en la oscuridad de izquierda foro. Se oye cerrarse ruidosamente una puerta de hierro. La ira y una perpleja furia vuelven a dominar a Yank. Se siente insultado, de algún modo que no comprende muy bien, en lo más íntimo de su orgullo. (Vocifera.)

YANK. -- ¡Maldita seas! (Y arroja la pala en pos de los visitantes cuando la puerta acaba de cerrarse. La pala golpea con estridencia el mamparo de acero y cae repiqueteando sobre el piso de acero. Desde arriba, vuelve a oírse el silbato, con larga, irritada, insistente orden.)

TELON

ESCEÑA IV

El establo de proa de los fogoneros. Los hombres de la guardia de Yank acaban de terminar su turno y de cenar. Sus rostros y cuerpos brillan, ya que los han frotado concienzudamente con jabón y agua, pero alrededor de los ojos adonde no llega un lavado presuroso, el polvo de carbón sigue adherido como un maquillaje negro, dándoles a los ojos una expresión extraña y siniestra. Yank no se ha lavado la cara ni el cuerpo. Su figura ennegrecida, cavilosa, contrasta con las demás. Está sentado en primer término en un banco, en una actitud idéntica a la de "El Pensador" de Rodin. Los demás, que en su mayoría fuman en pipa, contemplan a Yank, en parte con aprensión, como si temieran un estallido, en parte divertidos, como si advirtieran en alguna parte algo muy cómico.

VOCES:

¡No ha probado bocado!
 ¡Un hombre tiene que comer algo, por Dios!
 ¡Vaya con la mstura!
 Yank le dió de comer al fuego, pero no le dió de comer a su cara.
 ¡Ja, ja!
 Ni siquiera se ha lavado.
 Se le olvidó.
 ¡Eh, Yank! ¡Se te olvidó lavarte!

YANK.-- (Hosco.) ¡No he olvidado nada! ¡Al diablo con el lavado!

VOCES:

Eso se te quedará pegado.
 Se te meterá debajo de la piel.
 Tendrás una erupción con sangre.
 Quedarás cubierto de manchas... como un leopardo.
 Como un negro pío, querrás decir.
 Más vale que te laves, Yank.
 Más vale que duermas.
 Lávate, Yank.
 ¡Lávate! ¡Lávate!

YANK. --- (Con resentimiento.) Vamos, muchachos... Déjenme en paz. ¿No ven que trato de pensar?

TODOS --- (Repitiendo la palabra al unísono, con cínica burla.) ¡Pensar!
 (La palabra brota con una estridencia metálica, como si sus gargantas fuesen bocinas fonográficas. Es seguida por un coro de ásperas risas que parecen ladridos.)

YANK. -- (Levantándose de un salto y mirándolos con aire belicoso.) ¡Sí, pensar! ¡Pensar, he dicho! ¿Y qué? (Todos guardan silencio, desconcertados ante el repentino resentimiento de Yank por lo que solía ser una de sus bromas. Yank vuelve a sentarse en la actitud del Pensador.)

Déjenlo en paz.
 Está de mal humor.
 ¿Por qué no habría de estarlo?

PADDY. -- (Guiñándoles el ojo a los demás.) Sé muy bien lo que le pasa. Es fácil de ver. Les digo que está enamorado. Es el amor.

TODOS. -- (Repitiendo la palabra, con cínica burla.) ¡El amor! (La palabra suena con metálica estridencia, como si sus gargantas fuesen fonográficas. Es seguida por un coro de ásperas risas que parecen ladridos.)
 YANK. -- (Con desdeñoso bufido.) ¿El amor? ¡Al diablo con eso! El odio.
 ¡Es el odio! ¿Entiendes?

PADDY. -- (Filosóficamente.) Se necesitaría a un sabio para distinguir al uno

del otro (Con desdén amargo e irónico que se acrecienta a medida que habla.) Pero yo les digo a ustedes que hay amor en todo esto. ¿Qué otra cosa sino el amor por nosotros, pobres residuos humanos del departamento de calderas, podría hacerle bajar un kilómetro de escaleras y peldaños a una bella dama, vestida como una reina, para mirarnos? (De todas partes, surgen gruñidos de ira.)

- LONG . - (Saltando sobre un banco, con frenesí) ¡Nos ha insultado! ¡Esa vaca infame nos ha insultado! ¡Y esos malditos ingenieros! ¿Qué derecho tienen a exhibirnos, como si fuésemos despreciables monos de una colección de fieras? ¿Nos hemos contratado aquí para sufrir ultrajes a nuestra dignidad de trabajadores honestos? ¡Con seguridad que no! Pero yo sé por qué lo hicieron. Le pregunté a un camarero de la cubierta quién era esa dama y me lo dijo. ¡Su padre es uno de esos malditos millonarios, un infame capitalista! ¡Tiene suficiente oro para hundir este condenado barco! ¡Fabrica la mitad del acero del mundo! ¡Es el dueño de esta cochina nave! ¡Y ustedes y yo, camaradas, somos sus esclavos! ¡Y ella es la bribona de su hija y nosotros somos sus esclavos, también! ¡Y ella da órdenes y dice que quiere ver a los desdichados animales que están bajo cubierta, y la llevan abajo! (De todas partes llega una explosión de ira.)
- YANK. -- (Mirando a Long con desconcierto y parpadeando.)
¡Eh! ¡Espera un momento! ¿Estás seguro de todo eso?
- LONG. -- ¡Segurísimo! Ese maldito camarero que les sirve me habló de ella. Y yo les pregunto a ustedes... ¿Qué haremos? ¿Vamos a tragarnos los insultos como si fuésemos perros? Eso no está en el reglamento del barco. Tenemos derecho a quejarnos. Podemos recurrir a la ley...
- YANK. -- (Con infinito desprecio.)
¡Al diablo! ¡La ley!
- TODOS.-- (Repitiendo la palabra, con cínica burla.)
¡La Ley!
(La palabra tiene una estridencia metálica, como si sus gargantas fueran bocinas de fonógrafo. Es seguida por un coro de ásperas risas que semejan alaridos.)
- LONG. -- (Sintiendo que pierde pie, con desesperación.)
Como electores y ciudadanos, podemos obligar a esos malditos gobiernos...
- YANK. -- (Con infinito desprecio.)
¡Al diablo! ¡Los gobiernos!
- TODOS. - (Repitiendo la palabra tras él, con cínica burla.)
¡Los gobiernos!
(La palabra tiene una estridencia metálica, como si sus gargantas fuesen bocinas fonográficas.)
- LONG. -- (Históricamente.)
Somos libres e iguales ante Dios...
- YANK. -- (Con infinito desprecio.)
¡Al diablo! ¡Dios!
- TODOS. - (Repiten la palabra, al unísono, con cínica burla.)
¡Dios!
(La palabra tiene una estridencia metálica, como si sus gargantas fuesen bocinas fonográficas. Es seguida por un coro de risas ásperas y semejantes a ladridos.)
- YANK. -- (Con aire compungido.)
¡Vamos, ingresa en el Ejército de Salvación!
- TODOS. - ¡Siéntate! ¡Cállate! ¡Estúpidos! ¡Picapleitos marino!
(Long se escurre y desaparece.)

- PADDY. -- (Continuando con su corriente de ideas, como si no lo hubiesen interrumpido, con amargura.)
Y ahí estaba, parada a nuestra espaldas, mientras el segundo nos señalaba como un hombre del circo que dijese: "En esta jaula hay un tipo de mandril más raro que los de las espesuras del África. A estos animales, los asamos en su propio sudor... ¡y que me condenen si algunos no dicen que les gusta!"
(Mira desdeñosamente a Yank.)
- YANK. -- (Con un gruñido perplejo e indeciso.)
¡Eh!
- PADDY. -- Y ahí estaba Yank, bramando blasfemias y volviéndose con su pala para romperle la cabeza a esa... y ella lo miró y él la miró a ella...
- YANK. -- (Lentamente)
Vestía de blanco de la cabeza a los pies. Creí que era un fantasma. Por cierto que sí.
- PADDY. -- (Con cruel y mordaz sarcasmo.) ¡Fué amor a primera vista, qué duda cabe! ¡Si hubieran visto el cariño pintado en el pálido rostro de ella cuando se tapó los ojos con las manos para no verlo! ¡Pareció que acababa de mirar a un gran mono velludo escapado del zoológico!
- YANK. -- (Herido, con un gruñido de ira.)
¡Oh!
- PADDY. - ¡Y el afecto con que le arrojó Yank la pala a la cabeza... sólo que ella había salido ya!
(Una sonrisa sarcástica ilumina su rostro.)
¡Fué algo conmovedor, se lo aseguro a ustedes! ¡Le dió al departamento de calderas un aire de hogar, de dulce hogar!
(Hay un estallido general de carcajadas.)
- YANK. -- (Mirando a Paddy con aire amenazador.)
¡Eh! ¡Basta ya! ¿Me entiendes?
- PADDY. - (Sin prestarle atención, a los demás.)
¿Y vieron cómo se aferraba ella del brazo del segundo en busca de protección?
(Imitando grotescamente una voz femenina.)
¡Bésame, querido ingeniero, porque esto está oscuro y mi viejo está en Wall Street haciendo dinero! ¡Apriétame fuerte, querido, porque tengo miedo en la oscuridad y mi madre está en la cubierta fascinado al capitán!
(Otro estallido de risas.)
- YANK. -- (Amenazador.)
¡Oye! ¿Qué te propones, viejo Irlanda? ¿Burlarte de mí?
- PADDY. --- ¡No, por cierto! ¿Acaso no me hubiera gustado que le rompieras la cabeza?
- YANK. -- (Con salvaje vehemencia.)
¡Lo haré! ¡Le romperé la cabeza, aún! ¡Esperen y verán!
(Acercándose a Paddy, lentamente.) Oye... ¿Fué así cómo me llamó ella... mono velludo?
- PADDY. -- Al menos, si no lo dijo, te miró como si lo fueras.
- YANK. -- (Con un horrible gruñido.)
Conque mono velludo... ¿eh? ¡Claro! Fué así como me miró, naturalmente. ¡Mono velludo! De modo que ese soy yo... ¿eh?
(Estallando en un acceso de ira, como si tuviera aún delante a Mildred.)
¡Mujerzuela, costal de huesos! ¡Holgazana, cariblanca! ¡Yo te haré ver quién es el mono!
(Volviéndose hacia los demás, presa nuevamente de perplejidad.)

Oigan, muchachos. Yo le grité a pese hasta desgañitarme porque nos apuraba con el silbato. Ustedes me oyeron. Y luego, los vi mirar algo que estaba detrás de mí y creí que él se había escurrido para acercármeme por la espalda y me di vuelta repentinamente para matarlo de un golpe de pala. ¡Y la vi a ella, con la luz que le daba de lleno! ¡Dios mío! ¡Me sentí tan débil, que habrían podido derribarme con un dedo! ¡Estaba asustado! ¡Me entienden? ¡Claro! Creí que era un fantasma. Veía una aparición blanca, como el sudario que les ponen a los muertos. Y luego, cuando me di cuenta de que era una falda de carne y hueso y vi que me estaba mirando... del modo que dijo Paddy... pero ella se me escapó.

(Furioso.)

¡Ojalá le hubiese acertado de lleno! ¡Ojalá le hubiese roto la cabeza!

LONG. -- ¿Para que te ahorcaran o electrocutaran por asesinato? Maldito si lo vale la dama.

YANK. -- ¡Tanto me da! Yo habría saldado cuentas con ella...¿verdad? ¿Creen ustedes que le permitiré echarme apodosos? ¿Creen que la dejaré escapar así como así? ¡Ustedes no me conocen! ¡Nadie me ha impuesto algo por la fuerza hasta ahora! ¡Eso nunca! ¡Ni un hombre ni una mujer! ¡Ya le ajustaré yo las cuentas! Quizás vuelva a bajar...

UNA VOZ. - Es poco probable, Yank. Le has dado un susto de los que no se olvidan.

YANK. -- ¿Yo? ¿Por qué habría de asustarla? Quién demonios es ella? ¿No es igual a mí? Conque mono velludo... ¿eh?
(Con su confiada fanfarronería de antes.)
Yo estoy en el lugar que me corresponde y ella no. ¿Entienden? ¡Yo me nuevo y ella está muerta! ¡Veinicinco nudos por hora! ¡Así soy yo! Esto la transporta, pero yo lo nuevo. Ella no es más que equipaje.
¡Claro!

(Nuevamente perplejo.)

Pero, Dios mío... Tenía un aspecto extraño. ¿Vieron sus manos? Eran blancas y flacas. Se le podían ver los huesos al través. Y su rostro era completamente blanco, también. Y a juzgar por sus ojos, podía creerse que acababa de ver a un espectro. ¡Ese era yo! ¡Claro! ¡El mono velludo! Conque fantasma... ¿eh? ¡Miren este brazo! (Estira el brazo derecho, haciendo sobresalir sus grandes músculos.) Yo habría podido tomarla así, hasta con mi dedo meñique, y partirla en dos.

(DE nuevo perplejo.)

Oigan... ¿Quién es esa falda? ¿Eh? ¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Quién la hizo? ¿Quién le dió descaro para mirarme así? Esto me irrita. No lo entiendo. Es algo nuevo para mí. ¿Qué significa una falda como ésa? ¿Eh? ¡Esa mujer no está en el lugar que le corresponde! ¿Me entienden? No está.

(Con creciente ira.)

Pero sí sé una cosa... ¡Vaya si la sé! Todos ustedes pueden apostar sus camisas a que le ajustaré las cuentas. Ya verá ella si cree que... De modo que la dama da vueltas al organillo y me hace bailar al son de su música... ¿Eh? ¡Ya la arreglaré yo! ¡Que vuelva a bajar aquí y la arrojaré a la caldera! ¡Entonces sí que se moverá! ¡No tendrá escalofríos! ¡Ella misma será la velocidad! ¡Entonces sí que estará en el lugar que le corresponde!

(Sonríe, con horrible mueca.)

PADDY. -- No vendrá. Se ha hartado a fondo, te lo aseguro yo. Supongo que, ahora debe estar en cama, con diez médicos y enfermeras dedicados a darle sales para quitarle el miedo.

YANK. -- (Irritado)
Ustedes se imaginarán que se ha enfermado por culpa mía... con sólo mirarme... ¿verdad? El mono velludo... ¿eh?
(En un frenesí de ira.)
¡Yo le ajustaré las cuentas! ¡Le diré adónde puede irse! ¡Tendrá que hincarse de rodillas y retirar lo que dijo o le romperé la cara! (Agitnado el puño hacia arriba y golpeándose el pecho con el otro.)

VOCES:

¡Deténganlo!
¡Lo matarán a tiros!
¡La matará!
¡Hazle una zancadilla!
¡Impídanle salir!
¡Se ha vuelto loco!
¡Gott, qué fuerte es!
¡Sujétenlo!
¡Cuidado con un puntapié!
¡Agárrenle los brazos!

(Todos se han echado sobre él y después de una salvaje lucha, por el mero peso del número, consiguen derribarlo al suelo momentos antes de que franquee la puerta.)

PADDY. -- (Que ha permanecido aparte.)

_Ténganlo ahí hasta que se enfríe.

(Desdeñosamente.)

Vamos, Yank, eres un gran estúpido. ¿Vale la pena de que le prestes atención a esa marrana flaca, sin una sola gota de sangre auténtica en las venas?

YANK. -- (Con frenesí, desde abajo del montón.)

¡Esa mujer me ha jugado sucio! ¡Me ha jugado sucio! ¿No es así?
¡Ya le ajustaré las cuentas! ¡Daré con ella, de un modo u otro! ¡S
¡Sueltenme, muchachos! ¡Déjenme levantarme! ¡Ya verá ella quién
es el mono!

TELON

ESCENA V

Tres semanas después!. Una esquina de la Quinta Avenida, una hermosa mañana de domingo. Atmósfera general de calle pulcra, cuidada, ancha, un torrente de sol suave y tibio, brisas amables y gratas. A foro, las vitrinas de dos comercios, una joyería en la esquina, una peletería a su lado. En ambas están exhibidos en forma tentadora los adornos de una riqueza extrema. La vitrina de la joyería deslunbra con su centelleo de diamantes, esmeraldas, rubies, perlas, etc., que forman ornamentadas tiaras, coronas, collares, gargantillas, etc. De cada pieza pende una enorme etiqueta, desde la cual el signo del dolar y los números, en intermitentes luces eléctricas parpadean los increíbles precios. Lo mismo sucede en la peletería. Allí, ricas pieles de todas las variedades están bañadas por un chorro de luz artificial. El efecto general es el de una atmósfera de magnificencia abaratada y vuelta grotesca por el mercantilismo, de una atmósfera chillonamente discordante con la clara luz y los rayos solares de la calle en sí.

Yank y Long llegan, balanceándose con andar de matones, por la calle Lateral. Long viste traje de tierra firme, luce una corbata Windsor negra y gorra de paño. Yank tiene puestos sus sucios pantalones de drill. Un gorro de bombero con punta negra, está ladeado en

¡Te encontraré! Voy. ¿Me oyes? ¡Te ajustaré las cuentas, maldita seas!

(Se precipita hacia la puerta.)

VOCES:

¡Deténganlo!
 ¡Lo matarán a tiros!
 ¡La matará!
 ¡Hazle una zancadilla!
 ¡Inpídanle salir!
 ¡Se ha vuelto loco!
 ¡Gott, qué fuerte es!
 ¡Sujétenlo!
 ¡Cuidado con un puntapié!
 ¡Agárrenle los brazos!

(Todos se han echado sobre él y después de una salvaje lucha, por el mero peso del número, consiguen derriharlo al suelo momentos antes de que franquee la puerta.)

PADDY. -- (Que ha permanecido aparte.)

_Ténganlo ahí hasta que se enfríe.

(Desdeñosamente.)

Vamos, Yank, eres un gran estúpido. ¿Vale la pena de que le prestes atención a esa marrana flaca, sin una sola gota de sangre auténtica en las venas?

YANK. -- (Con frenesí, desde abajo del montón.)

¡Esa mujer me ha jugado sucio! ¡Me ha jugado sucio! ¿No es así?
 ¡Ya le ajustaré las cuentas! ¡Daré con ella, de un modo u otro! ¡S
 ¡Sueltenme, muchachos! ¡Déjenme levantarme! ¡Ya verá ella quién
 es el mono!

TELON

ESCENA V

Tres semanas después!. Una esquina de la Quinta Avenida, una hermosa mañana de domingo. Atmósfera general de calle pulcra, cuidada, ancha, un torrente de sol suave y tibio, brisas amables y gratas. A foro, las vitrinas de dos comercios, una joyería en la esquina, una peletería a su lado. En ambas están exhibidos en forma tentadora los adornos de una riqueza extrema. La vitrina de la joyería deslunbra con su centelleo de diamantes, esmeraldas, rubies, perlas, etc., que forman ornamentadas tiaras, coronas, collares, gargantillas, etc. De cada pieza pende una enorme etiqueta, desde la cual el signo del dolar y los números, en intermitentes luces eléctricas parpadean los increíbles precios. Lo mismo sucede en la peletería. Allí, ricas pieles de todas las variedades están bañadas por un chorro de luz artificial. El efecto general es el de una atmósfera de magnificencia abaratada y vuelta grotesca por el mercantilismo, de una atmósfera chillonamente discordante con la clara luz y los rayos solares de la calle en sí.

Yank y Long llegan, balanceándose con andar de matones, por la calle Lateral. Long viste traje de tierra firme, luce una corbata Windsor negra y gorra de paño. Yank tiene puestos sus sucios pantalones de drill. Un gorro de bombero con punta negra, está ladeado en

en forma desafiante sobre su cabeza. Hace días que no se afeita y alrededor de sus ojos salvajes y plenos de resentimiento - como alrededor de los de Long, en menor grado - sigue adherida aún como un maquillaué la negra mancha del polvo de carbón. Ambos vacilan y se detienen en la esquina, balanciándose como matasietes, mirando en torno, con afectado y desafiante desdén.

LONG.-- (Indicando todo lo que los rodea con gesto enfático.)

Bueno. Ya estamos. La Quinta Avenida. Esta es la maldita carretera, privada de esa gente, por así decirlo.

(Con amargura.)

Aquí, somos intrusos. ¡Proletarios, no pisen el césped!

YANK. -- (Estúpidamente.)

Yo no veo césped alguno, tonto.

(Mirando la acera.)

Limpia... ¿verdad? Podría comerse un huevo frito sobre ella. A los barrenderos les habrá costado bastante trabajo dejarla así.

(Mirando calle arriba y calle abajo, malhumorado.)

¿Dónde están todos esos de cuello blanco y almidonado que me dijiste... y las faldas... como ella?

LONG. -- ¡En la iglesia, malditos sean! Pidiéndole a Jesús más dinero.

YANK. --- En la iglesia... ¿eh? Yo solía ir a la iglesia en otros tiempos, pero cierto... cuando niño. Mi viejo y mi madre me obligaban. Pero ellos nunca iban. Siempre tenían demasiado hinchada la cabeza el domingo por la mañana.

(Con una sonrisa.)

Ambos reñían a más no poder. Los sábados por la noche, cuando habían bebido bastante, iniciaban una pelea digna del Madison Square Garden. Al terminar, no quedaba una sola silla o mesa con patas. O bien, se me echaban encima por algún traspié que yo había cometido. Fué allí donde aprendí a aguantar el castigo.

(Con sonrisa y gesto fanfarrosos.)

¡Soy yna astilla del viejo árbol! ¿Me Entiendes?

LONG. -- ¿Trabaja en el mar tu viejo?

YANK. -- No. En la ribera. Me escape cuando mi vieja reventó a causa del terremoto. Les ayudé a los carreteros y trabajé en el mercado. Luego fuí a dar al departamento de calderas. Claro. Ese era el lugar que me correspondía. El resto, no tenía valor.

(Mirando a su alrededor.)

Es la primera vez que veo esto. Sólo me he arrastrado por los muelles de Brooklyn.

(Aspirando profundamente.)

Esto no está tan mal!... ¿eh?

LONG. -- (Con repentina irritación.)

¡Qué ha de estarlo! ¡lo costeamos con nuestro sudor, porssi te interesa saberlo!

YANK. -- (Con repentina irritación)

¡Qué diablos! No veo a una sola mujer... como ella. Todo esto me disgusta. No está en el lugar que le corresponde. Oye... ¿No habrá por aquí algu-a de esas casa con un cuarto en los fondos? Vamos a echar un dólar a los dados. Todo esto es demasiado limpio y tranquilo y acicalado. ¿Entiendes? Me disgusta.

LONG. -- Espera y verás muy claramente que...

YANK. Yo, no espero a nadie. Me muevo. A propósito... Oye ... ¿Para qué me has traído aquí? Tratas de burlarte de mí, imbecil... ¿no es así?

LONG. -- ¿Acaso no quieres volver a verla? Lo has estado repitiendo sin cesar desde que te insultó.

YANK. -- (Con vehemencia.)

¡Naturalmente! ¿Acaso no traté ya de ajustarle las cuentas en Southampton? ¿Acaso no me escurrí al embarcadero y no la aceché junto a la planchada? ¡Quería escupirle en ese pálido hocico! ¿Me entiendes? ¡En esos ojos salientes! Así habríamos quedado en paz... ¿no te parece? Pero no se me presentó la oportunidad. Alrededor, había todo un ejército de detectives. Me advirtieron y me echaron como a un vagabundo. No pude verla. ¡Pero le ajustaré las cuentas, ya verás!

(Furioso.)

¡Mujerzuela piojosa! Cree que podrá salirse con la suya sin pagarle caro... ¡Pero no conmigo! ¡Yo le ajustaré las cuentas! ¡Ya se me ocurrirá la manera de hacerlo!

LONG. -- (Disgustado, pero sin atreverse a manifestarlo demasiado.)

¿Acaso no te traje aquí para eso... para que vieras? Has encarado equivocadamente todo este asunto. Has hablado y obrado como si todo este condenado asunto fuese algo personal entre esa maldita vaca y tú. Quiero convencerte de que ella sólo representaba a una clase. Quiero despertar tu conciencia de clase. Entonces comprenderás que debes luchar contra esa clase, no contra ella sola. ¡Hay una multitud de seres como ella, así se queden ciegos!

YANK. -- (Escupiéndolo en las manos, con belicoso gesto.)

Tanto más divertido para mí cuando entre en acción. ¡Que venga esa pandilla!

LONG. -- Los verás dentro de un momento, cuando salgan de esa iglesia.

(Se vuelve y ve por primera vez las vitrinas de ambos comercios.)

¡Dios me ampare! ¡Mira eso! ¿Quieres?

(Ambos vuelven sobre sus pasos y se detienen ante la vitrina de la joyería. Long monta en cólera.)

¡Mira ese hermoso revoltillo! ¡Míralo! ¡Mira los infames precios que ostenta... más de lo que paga nuestro departamento de claderas por diez viajes sudando en el infierno! ¡Y ellos -ella y su maldita clase- se compran todo eso para colgárselo como juguetes! ¡Una de esas joyas bastaría para alimentar a una familia hambrienta durante un año!

YANK. -- ¡Vamos, déjate de lloriquear! ¡Al diablo con la familia hambrienta! Terminarás por tenderme el sombrero.

(Con ingenua admiración.)

Oye... Estas cosas son bonitas... ¿no te parece? Apuesto a que podrían empeñarse por un montón de dinero.

(Apartándose de allí, fastidiado.)

Pero... ¿de qué diablos sirven? Que ésa se las guarde. Estas cosas e están tan fuera de su lugar como ella.

(Con un gesto que condena al olvido a las joyas.)

Todo eso no cuenta... ¿entiendes?

LONG. -- (Que se ha acercado a la vitrina del peletero, indignado.)

¡Y supongo que tampoco esto cuenta para nada! ¡Las pieles de unos pobres e inofensivos animales, muertos para que ella y los suyos puedan calentarse sus condenadas narices!

YANK, -- (Que ha estado contemplando absorto algo que se halla en el interior de la vitrina, dice con extraña excitación.)

¡Echale una ojeada a eso! ¡Examínalo! Piel de monito... ¡idos mil dólares!

(Perplejo.)

¿Es una mercancía corriente... la piel de monito? ¿Qué diablos...?

LONG. -- (Con amargura.)

Bastante corriente.

(Con sombrío humor.)

¡No pagarían tanto por la piel de un mono velludo! ¡No, por cierto! ¡No lo pagarían por todo el mono vivo, con la cabeza, el tronco y el alma metida en él.

YANK. -- (Sus puños se crispan y palidece de ira, como si la piel de la vitrina fuese un insulto personal.)

¡Me lo arrojan en la cara! ¡Por Dios que he de ajustarle las cuentas!

LONG. -- (Con excitación.)

Van a salir de la iglesia. Ahí vienen esos puercos bribones.

(Después de arronar una mirada sobre el rostro amenazador de Yank, dice inquieto.)

Tómalo con calma, camarada. Serenidad. Recuerda que la fuerza se destruye a sí misma. No es nuestra arma. Debemos imponer nuestras exigencias con medios pacíficos... ¡con los votos de todos los proletarios del mundo en marcha!

YANK. -- (Con infinito desprecio.)

¡Al diablo con los votos! Los votos son una broma... ¿entiendes? ¡Los votos, para las mujeres! ¡Que voten ellas!

LONG. -- (Más inquieto aun.)

Calma, ahora. Trátales con el debido desprecio. Observa a esos malditos parásitos, pero domínate.

YANK. -- (Irritado.)

¡Acéntate de mí! Eres un cobarde, eso es lo que hay.

YANK. -- (Irritado.)

¡Apártate de mí! Eres un cobarde, eso es lo que hay. ¡Yo, soy la fuerza! ¡Yo soy la energía, yo y siempre yo!

(La multitud de la iglesia entra por derecha, con lento y afectado ritmo de paseo, las cabezas muy erguidas, sin mirar a la derecha ni a la izquierda, hablando con voces incoloras, tontas. Las mujeres están cubiertas de colorete, estrucadas, teñidas, emperifolladas hasta el máximo. Los hombres con levita de doble hilera de botones, sombreros de copa, polainas, bastones, etc. Es un desfile de llamativos títeres, pero con algo del implacable horror de un Frankenstein en su altanera y mecánica inconsciencia.)

VOCES:

¡Querido reverendo Caifás! ¡Es tan sincero!

¿Sobre qué versó el sermón? Estuve dormitando.

Sobre los extremistas, querida... y las falsas doctrinas que se predicán.

Debemos organizar una kermesse norteamericana cien por ciento.

Y que todos contribuyan con un centésimo de su impuesto a la renta.

¡Qué idea original!

Podemos dedicar los ingresos a la reparación del velo de la iglesia.

Pero eso se ha hecho tantas veces...

YANK. -- (Paseando furiosamente la mirada de uno a otro, con insultante bufido de esprecio.)

¡Eh! ¡Eh!

(Sin dar señales de verlo, los concurrentes a la iglesia hacen amplios rodeos para eludir el sitio donde está parado Yank, en el centro de la acera.)

LONG. -- (Asustado) Cállate la boca, te digo.

YANK. -- (Con tono maligno.) ¡Vete! ¡Díselo al diablo!

(Se aparta con gesto fanfarroón y choca deliberadamente con un caballero de sombrero de copa y luego lo mira con aire belicoso.)

¡Oiga! ¿Qué es eso de empujar? ¿Usted cree ser el dueño del mundo?

EL CABALLERO. -- (Con frialdad y rebuscado gesto.)

Disculpe. (lo ha mirado a Yank y pasa de largo sin una mirada siquiera, dejándolo perplejo.)

LONG. -- (Abalanzándose hacia Yank y aferrándolo del brazo.)

¡Eh! ¡Ven aquí! No me refería a esto. Harás que todos esos malditos policías se nos echen encima.

YANK. -- (Con aire salvaje y dándole un empujón que lo despatarra en el suelo.)

¡Véte!

LONG. -- (Levantándose, histéricamente.)

Entonces, huiré. No me refería a esto. ¡Y, suceda lo que suceda, no podrás culparme!

(Desaparece por izquierda.)

YANK. -- ¡Véte al diablo! (Se aproxima a una señora y dice, con maliciosa sonrisa y un guiño estúpido.)

Hola, nena. ¿Cómo van las cosas? ¿Tienes algo para esta noche? Conozco una vieja caldera del embarcadero donde podríamos meternos tú y yo.

(La dama pasa de largo majestuosamente sin mirarlo, sin cambiar el ritmo de su andar. Yank se vuelve hacia los demás, con aire insultante.)

¡Santo cielo, qué cara! ¡Vé a ocultarte antes de que los caballos se acobarden al verte! ¡Eh! ¡Toque bocina por ésa! Oiga, doña, parece usted la popa de un ferryboat. ¡Colorete y polvo! ¡Engalanada de un modo irresistible! ¡Todos ustedes parecen cadáveres amortajados para el cementerio! ¡Oh! ¡Váyanse al infierno! Me duele la vista al mirarlos. ¡Ustedes no están en el lugar que les corresponde! ¿Entienden? ¡Mírenme! ¿Por qué no se atreven a mirarme? ¡Yo estoy en mi lugar! ¡Así soy yo!

(Señalando un rascacielos en construcción del otro lado de la calle, con fanfarronería.)

¿Ven ese edificio? ¿Ven la estructura de acero? ¡El acero! ¡Eso soy yo! Ustedes viven sobre él y creen ser algo. ¡Pero soy yo quien está en él! ¿Entienden? Yo soy la grúa que sube el acero! ¡Yo soy el acero! ¡Lo que está dentro y la base! ¡Claro! ¡Soy el acero y el vapor y el humo y todo lo demás! ¡Eso se mueve... avanza rápidamente... sube a veinticinco pisos ... y yo estoy allá en lo alto y al pie... moviéndolo todo! Ustedes, estúpidos, nada mueven. Sólo son muñecos a los cuales doy cuerda para verlos girar. Ustedes son los desperdicios... ¿me entienden?... la basura... ¡las cenizas que echamos a un lado! Y ahora... ¿tienen algo que decir?

(Pero como los otros no parecen verlo ni oírlo, Yank se siente poseído por el furo.)

¡Holgazanes! ¡Cerdos! ¡Mujerzuelas! ¡Rameras!

(Se vuelve frenético de cólera hacia los hombres, golpeándolos rencorosamente, pero sin conmoverlos en lo más mínimo. Es él, más bien, quien sufre una sacudida y retrocede después de cada choque. Gruñe sin cesar.)

¡Al diablo! ¡Váyanse, holgazanes! ¿Por qué no miran adonde van? ¡Largo de aquí! ¡Peleen! ¿Por qué no pelean? ¡Levanten las manos! ¡No sean cobardes! ¡Peleen, o los desmayo a golpes!

(Pero, sin parecer verlo, todos contestan con mecánica y afectada cort cortesía.)

TODOS: Disculpe. (Luego, al oír el grito de una de las mujeres, todos ellos se abalanzan hacia la vitrina de la peletería.)

LA MUJER.- (Extpatica, con una exclamación entrecortada de deleite.)

¡Una piel de mono!

(Toda la multitud de hombres y mujeres repiten en coro, con el mismo tono de exagerado deleite.)

TODOS. -- ¡Una piel de mono!

YANK. -- (Echando atrás la cabeza, como si hubiese recibido un golpe en plena cara, furioso.)

¡Ya te veo, toda de blanco! ¡Ya te veo, mujerzuela de rostro blanco! Conque mono velludo... ¿eh? ¡Yo te voy a dar mono velludo!

(Se inclina y aferra el cordón de la vereda, como para arrancarlo y tirárselo a alguien. Al fracasar en su intento, gruñendo de furor, salta hacia el farol de la esquina y trata de arrancarlo de su sitio para usarlo como porra. En ese preciso instante se oye el sordo fragor de un autobús. Un caballero gordo, de sombrero de copa y polainas, entra corriendo desde la calle lateral y llama quejumbrosamente.)

¡Autobús! ¡Autobús! ¡Pare!

(Y corre en zigzag hacia la bocacalle, empujando a Yank, que pierde el equilibrio.)

YANK.-- (Ante la perspectiva de una pelea, dice con un bramido de alegría, poniéndose en pie de un salto.)

¡Por fin! Conque autobús... ¿eh? ¡Yo te daré autobús!

(Lanza un swing terrorífico y su puño da de lleno en el rostro del caballero gordo. Pero el caballero permanece inmóvil, como si tal cosa.)

CABALLERO, -- Disculpe.

(Con irritación.)

Me ha hecho perder el autobús. (Da una palmada y empieza a vociferar)

¡Oficial! ¡Oficial!

(Comienzan a sonar en forma estridente muchos silbatos policiales y todo un pelotón de agentes de precipita sobre Yank, surgiendo de todas partes. Yank intenta hacerles frente, pero es derribado sobre la acera a cachiporrazos y los agentes se abalanzan sobre él. La multitud que está junto a la vitrina no se ha movido ni notado el alboroto. Se acerca con estridente clamoreo metálico de sirena, el camión celular de la policía.)

TELON

ESCENA VI

La noche del día siguiente. Una hilera de celdas de la prisión de Blackwells Island. Las celdas se extienden hacia foro en diagonal, desde primer término de la derecha hasta foro izquierda. No terminan allí sino que desaparecen en el oscuro fondo, como si prosiguieran, en cantidad innumerable, en el infinito. Una lámpara eléctrica, suspendida del bajo cielo raso del angosto pasillo, proyecta su luz por entre los pesados barrotes de acero de la celda que está más en primer término y revela parte de su interior. Puede verse en ella a Yank, acurrucado sobre el borde de su cama, en la actitud de "El Pensador" de Rodin. Su rostro está salpicado de magulladuras negras y azules. Una venda manchada de sangre le ciñe la cabeza.

YANK. -- (Con brusco sobresalto, como si despertara de un sueño, estira la mano y sacude los barrotes y dice para sí, en voz alta, con tono de asombro.)

Acero. Esto es el Zoológico... ¿eh?

(Llega un estallido de ásperas risas, que se dirían ladridos, de los invisibles ocupantes de las celdas, el cual se propaga desde las primeras hasta las de foro y cesa bruscamente.)

VOCES: (burlonamente.)
 ¿El Zoológico? ¡Un nombre nuevo para este gallinero!
 ¡Un nombre muy bueno!
 Acero... ¿eh? Has dicho una gran verdad. Esta es la vieja casa de hierro.

¿Quién es ese imbécil que habla?
Es el individuo que trajeron trastornado. Los de la policía
deben haberlo golpeado mucho.

YANK. -- (Lentamente) Debo haber soñado. Creí estar en una jaula del
Zoológico... pero los monos no hablan... ¿verdad?

VOCES: (con burlona risa.)

Estás en una jaula, claro que sí.
¡Un gallinero!
¡Una pocilga!
¡Un burdel!
¡Una perrera!
¡Oye, tú! ¿Quién eres? No, no trates de mentir. ¿Qué eres?
Sí, cuéntanos tu triste historia. ¿Cuál es tu juego?
¿Por qué te pusieron entre rejas?

YANK. -- (Lentamente) Yo era fogonero... paleaba carbón en los transatlán-
ticos.

(Con repentina ira, sacudiendo ruidosamente los barrotes de su celda.)

¡Soy un mono velludo! ¿Entienden? ¡Y les romperé a todos las mandí-
bulas si no dejan de burlarse de mí!

VOCES: ¡Eh! ¡Terco el mozo! ¿Verdad?
¡Cuando escupe, eso rebota!
Oh, basta. Es un tipo como cualquier otro. ¿Verdad?
¿Qué dijo ser? ... ¿Un mono?

YANK. -- (Con desaffo.) ¡Claro! ¿Acaso no es eso lo que son todos ustedes...
monos?

(Una pausa. Luego se oye un furioso estrépito de barrotes sacudidos
desde el fondo del pasillo.)

UNA VOZ. --(Densa de ira.) ¡Yo te haré ver quién es el mono, vagabundo!

VOCES: ¡Ssssst! ¡Calla!
¡Cuidado!
¡Nos echarás encima al guardián!

YANK. -- (Desdeñosamente.) ¿El guardián? ¿Se refieren al cuidador?

(Llegan exclamaciones de enojo desde todas las celdas.)

UNA VOZ. -(Con tono apaciguador.) Vamos, no le presten atención. La zurra
que le dieron le ha trastornado el seso. ¡Oye! Estamos esperando
que nos cuentes por qué te trajeron... ¿O no piensas decírnoslo?

YANK. -- Por cierto que sí! ¡Lo diré! ¿Por qué no? Pero... ustedes no me
entenderán. Nadie me entiende... salvo yo mismo,... ¿saben?...
Empecé a decírselo al juez y todo lo que me replicó fué: "Treinta
días para pensarlo" ¡Para pensarlo! ¡Dios mío, eso es lo que he
estado haciendo durante semanas!

(Después de una pausa.)

Yo estaba tratando de ajustarle las cuentas a alguien... ¿comprenden?...
alguien que me había jugado una mala partida.

VOCES: (cínicamente):

Lo de siempre, no hay duda. Tu chica... ¿verdad?
Te traicionó... ¿eh?
¿Le diste una tunda al otro?

YANK. -- (Con disgusto.) ¡Bah! ¡Todos ustedes se equivocan! Es cierto que había una falda de por medio... pero no lo que ustedes creen, no la estupidez de siempre. Era una falda de tipo nuevo. Vestía de blanco de pies a cabeza... en el departamento de calderas. Creí que era un fantasma! Palabra. (pausa.)

VOCES (en murmullo):

Vamos, está chiflado todavía.
Déjenlo desvariar. Divierte oírlo.

YANK. -- (Sin prestarles atención, avanzando a tientas a través de sus pensamientos.)

Sus manos!... eran flacas y blancas, como si no fueran de carne sino pintadas sobre algo. Entre ella y yo había un millón de kilómetros... veinticinco nudos por hora. Era como algo muerto que hubiera traído el gato. Sí, eso es. No estaba en el lugar que le correspondía. Le hubiera correspondido estar en la vitrina de una juguetería o en lo más alto de una lata de basura... ¡Eso es!

(Estalla con irritación.)

Pero... ¿querrán creerme? Tuvo el descaro de insultarme. Me miró como si me hubiese escapado de la colección de fieras. ¡Dios mío! ¡Si hubieran visto sus ojos!

(Sacude furiosamente los barrotes de su celda.)

¡Pero la encontraré todavía, ya lo verán! Y si no puedo desquitarme con ella, me desquitaré con su pandilla. Sé por dónde andan, ahora. ¡Ya le mostraré yo a ésa quién está en el lugar que le corresponde y quién no! No me pierdan de vista.

VOCES (serias y festivas):

¡Eso es hablar!
¡Hazle pagar todo lo que hizo!
¿Quién era la dama, después de todo? ¿Quién era ella? ¿Eh?

YANK. -- No sé. Una de esas engreídas de primera clase-. Su viejo es un millonario, dicen... se llama Douglas.

VOCES: ¿Douglas? Apostaría a que es el presidente del Trust del Acero. Seguramente. He visto su maldito hocico en los periódicos. Se revuelca en oro.

UNA VOZ. -- Oye, amigo, te daré un dato confidencial. Si quieres desquitarte de esa dama, más vale que ingreses en las filas de los wobblies¹. Ahí, tendrás un poco de acción.

YANK. -- ¿Los wobblies? ¿Qué demonios es eso?

UNA VOZ. -- ¿No has oído hablar en alguna oportunidad de los I.W.W?

YANK. -- No. ¿Qué es eso?

UNA VOZ. -- Una pandilla de individuos... una pandilla muy ruda. He estado leyendo sobre ellos hoy en el periódico. El guardián me dió el "Sunday Times". Hay allí una larga perorata sobre esa gente. Pertenece a un discurso pronunciado en el senado por un individuo que se llama el senador Queen.

(El que habla está en la celda contigua a la de Yank. Se oye crujir el papel.)

Espera. Si tengo suficiente luz, te lo leeré. (Lee): "¡En este país existe hoy una amenaza que hace peligrar las partes vitales de nuestra hermosa república, una amenaza tan vil contra la sangre m

misma del águila norteamericana como lo fué la infame conspiración de Catilina contra las águilas de la Roma antigua!".

OTRA VOZ. - (Con disgusto.) ¡Oh, qué demonios! ¡Dile que le eche sal en la cola a esa águila!

UNA VOZ. - (Leyendo.): "Me refiero a ese diabólico mejunje de bribones, pájaros de cuenta, asesinos y atracadores que difaman a todos los obreros honestos llamándose a sí mismos Trabajadores Industriales del Mundo. ¡Pero, dados sus nefastos planes, los llamaré más bien los Destruidores Industriales del Mundo!"

YANK. - (Con vengativa satisfacción.)

¡Destruidores, esa es la palabra! ¡Eso sí en su lugar! ¡Y yo estoy con ellos!

UNA VOZ. - ¡Ssss! (Leyendo.): "Esta satánica entidad es una inmunda úlcera en el bello cuerpo de nuestra democracia..."

OTRA VOZ. - ¡Al cuerno con la democracia! ¡Un silbido largo para el del discurso, muchachos! (Lo hacen.)

UNA VOZ. - ¡Ssss! (Lee): "Como Catón, le digo a este senado: ¡Hay que destruir a los I. W. W.! ¡Porque éstos representan una daga eterna que apunta al corazón de la nación más grande que el mundo haya conocido, donde todos los hombres han nacido libres e iguales y con las mismas oportunidades, donde los fundadores de la nacionalidad les han garantizado a todos la dicha, donde la Verdad, el Honor, la Libertad la Justicia y la Fraternidad del Hombre son una religión que se asimila con la leche materna, es enseñada sobre las rodillas del padre y sellada y firmada en la gloriosa constitución de los Estados Unidos!"

(Una verdadera tempestad de silbidos, maullidos, rechifla general, y ásperas risotadas.)

VARIAS VOCES (desdefiosamente.)

¡Viva el Cuatro de Julio!
 ¡Pasen el sombrero!
 ¡Libertad!
 ¡Justicia!
 ¡Honor!
 ¡Oportunidad!
 ¡Fraternidad!

TODOS. - (Con infinito desprecio.) ¡Al diablo!

UNA VOZ. - ¡Un ladrido para ese senador Queen! Todos a un tiempo... uno...dos... tres... (Un terrorífico coro de ladridos.)

EL GUARDIAN. - (Desde lejos.) Silencio... o traigo la manguera.

YANK. - (Con gruñona ira.) ¡Me gustaría atrapar a solas por un momento a ese senador! ¡Le enseñaría unas cuantas verdades!

UNA VOZ. - ¡Ssss! Ahora, hace acusaciones concretas contra los wobblies. (Lee): "Conspiran con el fuego en una mano y la dinamita en la otra. Para lograr sus propósitos no se detienen ante el asesinato, ni tampoco ante el ultraje a la femineidad indefensa. ¡Quieren despedazar a la sociedad, instalar a la más baja escoria en la sede de los poderosos, trastornar el manifiesto plan de Dios para el mundo y convertir nuestra dulce y hermosa civilización en ruinas, en una desolación donde el hombre, la obra maestra de Dios, degeneraría pronto hasta convertirse nuevamente en mono!"

YANK. - (Con un gruñido de furor.) Ya lo veo. De modo que esa gente hace y volar las cosas... ¿no? Trastorna las cosas... ¿verdad? Oye: dame ese periódico... ¿Quieres?

OTRA VOZ. - Claro. Dáselo. Pero guárdalo... ¿comprendes? No queremos seguir escuchando esa bazofia.

UNA VOZ. - Aquí lo tienes. Escóndelo debajo de tu colchón.

YANK.- (Tendiendo la mano.) Gracias. No se leer gran cosa, pero saldré del paso. (Se sienta, con el periódico en la mano a su lado, en la actitud de "El Pensador" de Rodin. Pausa. Desde el otro extremo del pasillo, llegan varios ronquidos. Súbitamente, Yank, se levanta de un salto, con furioso gruñido, como si lo hubiese abrumado una idea espantosa y dice, perplejo.)

Claro... su padre... el presidente del Trust del Acero... hace la mitad del acero del mundo... del acero... que yo creí era mi sitio... donde yo creaba la velocidad... moviéndome... dentro de eso... para hacerla a ella.. ¡y me enjaula para que ella me escupa! ¡Santo Dios!

(Sacude los barrotes de la puerta hasta que tiembla toda la hilera de celdas. Se oyen irritadas exclamaciones de protesta de los que se han despertado o intentan dormir.)

¡El ha hecho esta... esta jaula! ¡El acero! ¡Esto no está en el lugar que le corresponde! ¡Eso es lo que hay! ¡jaulas, celdas, candados, pasadores, barrotes... eso es lo que significa el acero! ¡y todo eso me aplasta y él está allá arriba! ¡Pero saldré! ¡El fuego funde el acero! Yo seré el fuego... que estará debajo de la pila... el fuego que nunca se apaga... caliente como el infierno... que brota en la noche...

(Al pronunciar estas últimas palabras, Yank ha sacudido la puerta de su celda con metálica estridencia. Al llegar a la palabra "brota" aferra uno de los barrotes con ambas manos y, apoyando contra los otros ambos pies levantados, de modo tal que adopta una posición paralela al suelo, como la de un mono, ejerce presión hacia atrás. Las barras se dobla como un tallo de regaliz bajo la acción de su tremenda fuerza. En ese preciso momento, el guardián de la cárcel penetra precipitadamente arrastrando una manguera.)

EL GUARDIAN- (Enojado.) ¡Yo les enseñaré a estos vagabundos a despertarme!

(Ve a Yank.) Hola... Conque eras tú... ¿eh? Tienes el delirium tremens... ¿no es así? ¡Pues yo te ayudaré a curarte!

(Advirtiendo el barrote.)

¡Diablos! ¡Un barrote doblado! ¡Sólo un loco tiene suficiente fuerza para hacer eso!

YANK. -- (Mirándolo, furioso,) ¡O un mono velludo, gran haragán cobarde!
¡Cuidado, que allá voy! (Aferra otro barrote.)

EL GUARDIAN. (Asustado, ahora, grita a izquierda.)

¡Haz funcionar la manguera, Ben... con toda la presión! ¡Y llama a los demás... y trae una camisa de fuerza!

(El telón empieza a bajar. En el momento en que Yank está desapareciendo de la vista del espectador, se percibe un violento chapoteo, al golpear el chorro de agua contra el acero de la celda de Yank.)

TELÓN

ESCENA VII

Cerca de un mes después. Una filial de los I.W.W., cerca del puerto, mostrándose el interior de una habitación del frente en la planta baja y la calle a la cual da. La luz de la luna se vierte sobre la angosta calle y la masa de los edificios forma una negra mole. El interior de la habitación, que sirve de salón para las asambleas generales, de oficina y de salón de lectura, parece la sucia sede de algún club infantil. En un rincón, hay un escritorio y un alto taburete. En el centro, una mesa con periódicos y pilas de folletos, rodeada de sillas. El conjunto es tan francamente barato, vulgar, trivial y nada misterioso como podría serlo cualquier otra habitación. El secretario está encaramado sobre el taburete, haciendo anotaciones en un gran libro mayor. Una visera proyecta sombras sobre su rostro. Ocho o diez hombres, estibadores, fundidores y otros obreros semejantes, están agrupados alrededor de la mesa. Dos de ellos juegan a las damas. Uno escribe una carta. La mayoría de ellos fuman en pipa. Sobre la pared, a foro, un gran letrero con las palabras "Trabajadores Industriales del Mundo - Filial No. 57".

YANK. - (Viene por la calle. Viste como en la escena quinta. Se mueve cautelosa y misteriosamente. Llega a la altura de la puerta: se acerca a ésta en puntas de pie, escucha, se siente impresionado por el silencio que reina en el interior, golpea cuidadosamente, como si estuviese pensando en el santo y seña de algún rito secreto. Escucha. No hay respuesta. Vuelve a golpear algo más fuertemente. No hay respuesta. Golpea con impaciencia, con fuerza mucho mayor.)

SECRETARIO.- (Volviéndose sobre su taburete.)

¿Qué diablos es eso? ¿Alguien llama? (Grita.) Entre...
¿Por qué no entra?

(Todos los que están en la habitación miran hacia la puerta. Yank abre ésta lenta y cautelosamente, como si temiera una emboscada. Mira a su alrededor buscando puertas secretas y misterio, es tomado de sorpresa por lo vulgar de la habitación y por los hombres que están en ella, cree haberse equivocado de edificio: luego, ve el letrero de la pared y se tranquiliza.)

YANK. - (Con brusquedad.) Buenos días.

LOS HOMBRES. (Con reserva.) Buenos días.

YANK. - (Con más desenvoltura.) Creí haberme equivocado de sitio.

EL SECRETARIO. - (Escudriñándolo cuidadosamente.)

Quizás sea así. ¿Es usted afiliado?

YANK. - No. Todavía no. Para eso vengo... para ingresar.

EL SECRETARIO. - Eso es fácil. ¿Cuál es su oficio? ¿Estibador?

YANK. - No. Fogonero... Paleador en los transatlánticos.

EL SECRETARIO. (Con satisfacción.) Bienvenido a nuestra ciudad. Me alegra saber que ustedes están despertando, por fin. No tenemos muchos afiliados en su gremio.

YANK. — No. Todos ellos están muertos para el mundo.

EL SECRETARIO. - Pues usted podrá ayudarnos a despertarlos. ¿Cómo se llama? Llenaré su ficha.

YANK. -- (Confuso.) ¿Cómo me llamo? Déjeme pensarlo.

EL SECRETARIO.- (Con aspereza.) ¿No sabe su propio nombre?

YANK. -- Claro está que lo sé, pero he sido Yank durante tanto tiempo... Bob... Eso es... Bob Smith.

EL SECRETARIO. -- (Escribiendo.) Robert Smith. (Llena el resto de la ficha.) Aquí tiene. Le cuesta medio dólar.

YANK. -- ¿Sólo cuatro monedas? Eso es fácil. (Le da el dinero al secretario.)

EL SECRETARIO. - (Tirándolo al cajón.) Gracias. Bueno. Póngase a sus anchas. No hacen falta presentaciones. Sobre la mesa, hay folletos. Líevese algunos para repartir a bordo. Pueden dar resultado. Siempre la semilla, pero hágalo bien. Trate de que no lo atrapen y despidan. Tenemos mucha gente desocupada. Lo que necesitamos es hombres capaces de conservar sus empleos... y de trabajar para nosotros, al propio tiempo.

YANK. -- Naturalmente. (Pero sigue inmóvil, con aire de embarazo y desasosiego.)

EL SECRETARIO. - (Mirándolo, con curiosidad.) ¿Por qué llamó? ¿Creyó que teníamos a un negro de uniforme para abrir la puerta?

YANK. -- No. Creí que estaría cerrada con llave... y que ustedes desearían examinarme por una mirilla o algo así para ver si podían dejarme entrar.

EL SECRETARIO. - (Alerta y receloso, pero con risa condescendiente.)

¿Crefa que estábamos jugando a los dados? Esta puerta nunca está cerrada. ¿Cómo se le ocurrió semejante cosa?

YANK. -- (Con una sonrisa de complicidad, convencido de que todo no pasa de ser camouflage y parte del secreto.)

Esta ciudad está llena de detectives... ¿verdad?

EL SECRETARIO.- (Con aspereza.) ¿Acaso tenemos algo que ver con la policía? No violamos ley alguna.

YANK. -- (Con guiño de complicidad.) Naturalmente. De ningún modo lo harían. Naturalmente. Ya lo sé.

EL SECRETARIO. - Usted parece saber muchas cosas que todos nosotros ignoramos.

YANK. -- (Con otro guiño.) Oh, sí, comprendo. (Luego, algo resentido por las miradas de recelo que advierte a su alrededor.)

¡Eh, basta! No necesita interrogarme tan a fondo. ¿No se da cuenta de que aquí estoy en el lugar que me corresponde? ¡Claro! Yo no soy ave de paso. ~~Haré todo lo que queda por ustedes.~~ Por eso quería ingresar.

EL SECRETARIO. - (Con vivacidad, sondeándolo.)

Así se habla. Pero... ¿está seguro de comprender adónde ha ingresado? Todo esto es sencillo y está a la vista: pero, sin embargo, hay quien tiene una idea equivocada de nosotros. (Con aspereza.) ¿Cuáles son, a su entender, los fines de la I. W. U.?

YANK. - Oh... sé todo lo relativo a eso.

EL SECRETARIO. - (Sarcásticamente.) Pues bien... Proporcionémos algunas de sus valiosas informaciones.

- YANK. -- (Astutamente.) Sé lo bastante para no hablar cuando no debo hacerlo. (De nuevo con resentimiento.) ¡Eh! Oiga. Yo soy un hombre como es debido. Comprendo el juego. Ustedes tienen que medir sus palabras al hablar con un desconocido. Sospechan que bien puedo ser un sabueso con ropa de civil... ¿verdad? ¡Vamos! ¡Olviden eso! Este es mi lugar... ¿entiende? Pregúntele a cualquier hombre de los muelles si no es así.
- EL SECRETARIO. - ¿Quién dice lo contrario?
- YANK. -- Cuando me hayan iniciado, ya verán ustedes.
- EL SECRETARIO. - (Atónito.) ¿Iniciado? Aquí, no hay iniciación.
- YANK. - (Deseccionado.) ¿No hay un santo y seña... ni un apretón de manos secreto, ni nada de esas cosas?
- EL SECRETARIO. - ¿Qué es esto, para usted...? ¿El Club de Los Alces o La Mano Negra?
- YANK. -- ¡Al diablo con Los Alces! La Mano Negra, es un montón de genoveses cobardes. No. Esto es una pandilla de hombres... ¿verdad?
- EL SECRETARIO. - ¡Usted lo ha dicho! Es por eso que nos plantamos sobre nuestros dos pies a la vista de todos. No tenemos secretos.
- YANK. - (Sorprendido, pero admirativo.) ¿Quiere usted decir que siempre trabajan al descubierto... así?
- EL SECRETARIO. - Precisamente.
- YANK. -- ¡Entonces, no hay duda de que tienen coraje!
- EL SECRETARIO. - (Con aspereza.) "¿Cuál es el verdadero motivo de su ingreso a nuestra agrupación? Dígamelo con franqueza.
- YANK. - ¿Quiere saberlo? ¡Pues bien! ¡También yo tengo coraje! Aquí está mi mano. Ustedes quieren volar cosas... ¿no es así? Bueno... ¡Pues aquí estoy yo! Este es el lugar que me corresponde.
- EL SECRETARIO. - (Con fingida negligencia.) ¿Se refiere a ... transformar las desigualdades sociales mediante una legítima acción directa... o sea con dinamita? *
- YANK. - ¡Dinamita! Volar todo eso de la superficie de la tierra... el acero... todas las jaulas... todas las fábricas, vapores, edificios, cárceles... el Trust del Acero y todo lo que lo hace funcionar. #
- EL SECRETARIO. - ¡Ah! De modo que es esa su intención... ¿eh? ¿Y quería usted proponernos algún trabajo determinado en ese terreno?
- (Les hace una señal a los demás, que se van poniendo de pie uno por uno y agrupándose detrás de Yank.)
- YANK. -- (Audazmente.) Desde luego, se lo diré. Les probaré que mi sitio está entre ustedes. Tenemos a ese tipo millonario, Douglas...
- EL SECRETARIO. - ¿Se refiere al presidente del Trust del Acero? ¿Quiere asesinarlo?
- YANK. - Vamos, usted no me ha entendido una palabra. Me refiero a volar las fábricas, los talleres donde Douglas hace el acero. Eso es lo que busco... Volar el acero, todo el acero del mundo, hacerlo volar hasta a la luna. ¡Eso lo arreglará todo!
- (Ansiosamente, con un dejo de fanfarronería.)
- ¡Lo haré yo solo! ¡Ya verán! Dígame dónde están las fábricas de Douglas, cómo se puede llegar a ellas, todo lo necesario. Denme el

material, denme con qué trabajar... ¡y dejen lo demás por mi cuenta! ¡Ustedes mirarán el humo y verán aquello moverse! ¡Me importa un cuerno que me atrapen... ¡con tal de hacerlo! ¡Me pasará la vida en presidio por eso... ¡y me reiré de ellos! (

(A medias para sí.)

Y le escribiré una carta a ella y le diré que fué el mono velludo quien lo hizo. Eso dejará liquidadas las cuentas.

EL SECRETARIO. - (Apartándose de Yank.) Muy interesante. (Da una señal. Los hombres, fornidos todos ellos, se lanzan sobre Yank y antes de que éste advierta qué sucede, le inmovilizan brazos y piernas. Pero, de todos modos, Yank está demasiado estupefacto para ofrecer resistencia. Lo tantean en busca de armas.)

UN HOMBRE. -- No lleva revólver ni cuchillo. ¿Le damos una lección y lo echamos?

EL SECRETARIO. - No. No vale la pena crearnos dificultades por él. Es demasiado estúpido.

(Se acerca más y se le ríe burlescamente en la cara a Yank.)

¡Ja, ja! ¡Nunca nos habían hecho semejante broma! ¡Oye, bromista! ¿Quién te ha mandado...? ¿Burns o Pinkerton? ¡No, por cierto! ¡Eres tan imbécil, que apostarías a que estás en el servicio secreto! Pues bien, sucio espía, maldito agente provocador, puedes volver al zorrino que te está pagando por traicionar a tus hermanos -sea quien sea- y decirle que despilfarra su dinero. Ni siquiera serías capaz de pescar un resfrío. Y dile que nunca tendrá ni tuvo más pruebas contra nosotros que sus propias y rastreras maquinaciones para meternos en la cárcel. Somos lo que dice nuestra declaración de principios, ni más ni menos... y le daremos un ejemplar cuando quiera. Y, en cuanto a ti...

(Mira con ira y desdén a Yank, sumido en un estado de abstraído o estupor.)

Oh... ¡Qué diablos! ¿De qué sirve hablar? Eres un gran mono sin sesos.

YANK. — (A quien esta palabra despierta y excita a una lucha violenta, pero inútil.)

¡Eh! ¿Qué dices, holgazán bien vestido?

EL SECRETARIO. - Échenlo, muchachos.

(A pesar de la resistencia de Yank, esto se hace con brío y en forma aparatosa. Impulsado por varios puntapiés de despedida, Yank aterriza, despatarrado, en el centro de la angosta calle empedrada de guijarros. Con un gruñido, se dispone a levantarse y a tomar por asalto la puerta cerrada, pero se interrumpe, desconcertado por la confusión reinante en su cerebro, patéticamente impotente. De modo que se queda sentado, cavilando, en la actitud más semejante a la de "El Pensador" de Rodin que puede obtener en su posición.)

YANK. -- (Con amargura.)

De modo que esos pájaros creen que tampoco aquí estoy en el lugar que me corresponde. ¡Bah! ¡Al diablo con ellos! Se han equivocado de tren... es la misma monserga de siempre... cajones para subirse y pronunciar discursos en las calles y el Ejército de Salvación... ¡Nada de coraje! ¡Quíteme una hora diaria de trabajo y me hará feliz! ¡Déme un dólar más por día y me hará feliz! Tres por día y coliflores en el patio delantero... igualdad de derechos... mujer e hijos... un piojoso voto... y estoy pronto a enfrentar a Jesús... ¿verdad? ¡Al diablo! ¿De qué te sirve eso? Es algo que está dentro de tí... pero no es tu panza. Algo adonde no llegan los panecillos

y el café... Algo que está mdyndbado.!!leen el fondo. Uno no puede agarrarlo... y tampoco detenerlo. Se mueve y todo se mueve. Se detiene y el mundo entero se detiene. Ese soy yo, ahora... no doy el tictac, ahora... ¿entiendes? soy un Ingersoll reventado, eso es todo. Yo era el acero y poseía el mundo. Ahora no soy el acero y el mundo me posee a mí. ¡Oh! ¡Al diablo! ... No logro ver... Todo está oscuro... ¿entiendes? ¡Todo marcha al revés!

(Vuelve hacia arriba un rostro afligido y burlón, como un mono que le farfullara cosas a la luna.)

Oye, tú que estás ahí, Hombre de la Luna, tú que pareces tan sabio... ¿quieres contestarme? Dame el dato confidencial, la información directa de la caballeriza... dime cuál es el lugar que me corresponde...

UN AGENTE DE POLICIA. -- (Que ha llegado por la calle a tiempo para oír estas últimas palabras, con ceñudo buen humor.)

¡Tu lugar estará en la comisaría, estúpido, si no te levantas y te pones en marcha!

YANK. -- (Mirándolo, con áspera y amarga risa.)

¡Naturalmente! ¡Enciérreme! ¡Póngame en una jaula! Esa es la única respuesta que ustedes conocen. ¡Vamos, enciérreme!

UNA AGENTE DE POLICIA. -- ¿Qué has estado haciendo?

YANK. -- ¡Lo bastante para encerrarme por toda la vida! ¡He nacido! ¿Entiende? Claro, esa es la acusación. Anótela en el libro de entradas. He nacido... ¿entiende?

UN AGENTE DE POLICIA.- (Festivo.) ¡Que Dios se apiade de tu pobre madre! (Luego, con tono práctico.) Pero no tengo tiempo para bromas. Estás borracho. ¡Te llevaría conmigo, pero el trecho hasta la comisaría es demasiado largo! Vamos, levántate o te caliento las orejas con esta porra. ¡Véte de una vez! (Incorpora a Yank.)

YANK. - (Con tono vagamente burlón.) Oiga... ¿Adónde puedo ir ahora?

UN+AGENTE DE POLICIA. - (Dándole un empujón, con sonrisa sardónica e indiferente.)

Al infierno.

TELON

ESCENA VIII

Atardecer del día siguiente. La morada de los monos en el Zoológico. Una mancha de clara luz gris se posa sobre el frente de una jaula, de tal modo que permite ver su interior. Las otras jaulas se distinguen vagamente, ya que están amortajados por las sombras, llegando desde ellas un cotorreo a modo de conversación. En la primera jaula se destaca un letrero donde está estampada la palabra "gorila". El gigantesco animal está sentado en cuclillas sobre un banco, en postura muy semejante a la de "El Pensador" de Rodin. Yank entra por izquierda. De inmediato estalla un coro de irritados parloteos y chillidos. El gorila vuelve los ojos, pero no se mueve ni profiere sonido alguno.

YANK. -- (Con áspera y amarga risa.)

Bienvenido a vuestra ciudad... ¿eh? ¡Salud! ¡Salud! ¡Toda la pan-

dilla está aquí!

(Al oír su voz, el parloteo se extingue, transformándose en atento silencio. Yank se dirige hacia la jaula del gorila e, inclinándose sobre la barandilla, contempla a su ocupante, que le devuelve la mirada, silencioso e inmóvil. Hay una pausa de absoluta quietud. Luego Yank comienza a hablar, con tono amistoso y confidencial, semiburlón, pero de profunda afinidad subyacente.)

Oye... ¿Sabes que eres recio de veras? He visto a muchos tipos fuertes que la pandilla llamaba gorilas, pero tú eres el primer gorila com es debido que veo. ¡Vaya un pecho y unos hombros y unos brazos y manos! ¡Apostaría a que tienes en ambas manos un punch capaz de aniquilar a todos esos idiotas!

(Esto con auténtica admiración. El gorila, como si comprendiera, se yergue, sacando pecho y golpeándose con el puño. Yank le sonríe con aire de solidaridad.)

Claro... Te comprendo. Desafías al mundo entero... ¿eh? Me has entendido, aunque no hayas podido pescar las palabras.

(La amargura se insinúa en su voz.)

¿Y por qué no habrías de entenderme? ¿Acaso no somos socios del mismo club... el de los Honos Velludos?

(Se miran fijamente. Pausa. Luego, Yank prosigue, con lentitud y amargura.)

¿De modo que eres tú lo que vió ella al mirarme... la mujerzuela cariblanca? Yo fui tú para ella... ¿entiendes? Sólo que yo estaba fuera de la jaula... me había escapado... podía matarla... ¿sabes? ¡Claro! Fué eso lo que pensó. Ella no sabía que también yo estaba en una jaula... peor que la tuya... claro... algo lamentable... porque tú tienes alguna probabilidad de escapar... pero yo...

(Se siente desorientado.)

¡Oh, qué diablos! Todo está al revés... ¿verdad?

(Pausa.)

Seguramente querrás saber qué estoy haciendo aquí... ¿eh? Estuve calentando un banco en el Battery... desde anoche. Por cierto que sí. Vi salir el sol. Era hermoso, por lo demás... rojo y rosado y verde. Miré los rascacielos... acero... y todos los barcos que entraban y salían, que viajaban por toda la superficie de la tierra... acero también. El sol era tibio, no había nubes y soplaba una brisa. ¡Qué bueno era todo aquello! Lo comprendí perfectamente... comprendí lo que me había dicho Paddy... que era la mejor bebida... pero no pude beberla... ¿entiendes? No pude encontrar mi lugar allí. Aquello no era para mí. Y seguí pensando... y luego me escapé y vine a conocerte. Y esperé a que todos se marcharan para quedarme a solas contigo. Oye... ¿te gusta estarte sentado eternamente en esta pocilga, teniendo que aguantar a esa gente cuando viene a mirarte... a esas flacas mujerzuelas cariblancas y sus imbéciles maridos... que se divierten contigo, que se ríen de ti, se asustan de ti... malditos sean?

(Descarga un puñetazo sobre la barandilla. El gorila sacude los barrotes de su jaula y gruñe. Todos los demás monos comienzan un irritable parloteo en las sombras. Yank prosigue, con excitación.)

¡Claro! La misma impresión me hace eso a mí. Sólo que tú tienes suerte... ¿comprendes? Tu lugar no está entre ellos... y bien

Lo sabes. Pero mi lugar sí está entre ellos... y no lo está... ¿Sabes? Son ellos quienes no están conmigo... eso es lo que les pasa. ¿Entiendes? El pensar es difícil ...

(Se pasa la mano por la frente, con dolorido gesto. El gorila gruñe, impaciente. Yank prosigue, con tono vacilante.)

Lo que quiero decir, es esto... Tú puedes estarte sentado y soñar con el pasado, con los verdes bosques, la selva y todo lo demás. Allí estás en tu lugar, y ellos no. Entonces, puedes reírte de ellos... ¿entiendes? Eres el campeón del mundo. Pero yo... yo no tengo un pasado en que pensar, ni un futuro, nada más esto de hoy... y ahí no estoy en el el lugar que me corresponde. ¡Claro está que me llevas ventaja! Tú no sabes pensar... ¿verdad? Ni tampoco hablar. Yo puedo aparentar que pienso y hablo... y casi conseguirlo... ¡casi!!... y ahí viene lo gracioso.

(Ríe.)

No estoy en la tierra y tampoco en el cielo... ¿entiendes? Estoy entre los dos, tratando de separarlos, recibiendo los peores puñetazos de ambos. Quizás sea eso lo que llaman infierno... ¿eh? Pero tú... tú estás en la base de todo. ¡En el lugar que te corresponde! ¡Claro! ¡Eres el único que ocupa su lugar en el mundo, tipo de suerte!

(El gorila gruñe orgullosamente.)

Y es por eso que te han puesto en una jaula... ¿entiendes?

(El gorila brama con cólera.)

Claro. Tú me entiendes. Eso se le escapa a uno cuando quiere hablar o pensar en el asunto... es algo que está muy adentro... muy en el fondo... tú y yo lo sentimos. ¡Claro! ¡Ambos somos miembros de este club!

(Ríe, y luego dice con tono salvaje.)

¡Qué diablos! ¡Al infierno con eso! ¡Un poco de acción, ése es nuestro alimento! ¡Eso sí que está en su lugar! Derribarlos y seguirlos golpeando hasta que lo despachen a uno con un revólver... ¡con acero! ¡Claro! ¿Estás dispuesto a pelear? Ellos te han metido en una jaula... ¿no es así? ¿Quieres desquitarte? ¿Quieres terminar como un caballero, en vez de reventar aquí lentamente?

(El gorila ruge una enfática afirmación. Yank prosigue, con una suerte de furiosa exaltación.)

¡Claro! ¡Tú eres como se debe ser! ¡Y seguirás siéndolo hasta el fin! Tú y yo somos miembros de este club... ¿eh? ¡Les brindaremos una última pelea sensacional, que les hará saltar en sus asientos! ¡Tendrán que hacer jaulas más grandes cuando hayamos terminado!

(El gorila está ejerciendo presión sobre los barrotes, gruñendo, saltando sobre un pie y sobre otro. Yank saca una palanca de hierro que trae debajo de la chaqueta y fuerza la cerradura de la jaula. Abre la puerta de par en par.)

¡El director del Zoológico te ha indultado! Sal y dame la mano! Te llevaré a dar una vuelta por la Quinta Avenida. Despacharemos a éstos al otro mundo y reventaremos con música de orquesta. Ven, Hermano.

(El gorila sale cautelosamente de la jaula. Va hacia Yank y se detiene, mirándolo. Yank conserva su tono burlón y le tiende la mano.)

Chocala... El apretón de manos secreto de nuestra orden.

(Algo, el tono de burla de Yank, quizás, enfurece repentinamente al animal. Este da un salto y ciñe con sus enormes brazos a Yank, en abrazo asesino. Hay un fuerte crujir de costillas aplastadas y un grito entrecortado, burlón aún, de Yank.)

¡Eh! ¡No te dije que me besaras!

(El gorila suelta el destrozado cuerpo, que resbala al suelo, se queda mirándolo con aire indeciso, meditando, luego se levanta y lo arroja en la jaula, cierra la puerta y se va arrastrando los pies con aire amenazador por izquierda, perdiéndose en la oscuridad. Desde las otras jaulas llega un gran alboroto de asustadas habladurías, y gimoteos. Entonces Yank se mueve, gruñe, abre los ojos y reina el silencio. Yank murmura penosamente.)

Vaya... Debieran medirlo... con Shyzko. Me ha despachado, qué duda cabe... Soy hombre al agua. Hasta a él le pareció que yo no estaba en el lugar que me correspondía.

(Con súbita y apasionada desesperación.)

¡Dios mío! ¿Adónde podría ir? ¿Cuál es el lugar que me corresponde?

(Dominándose, en forma igualmente brusca.)

¡Oh, qué diablos! ¡Nada de graznidos! ¡Nada de cobardías! ¡Nada de graznidos! ¡Nada de cobardías! ¡Revienta con las botas puestas!

(Se aferra de los barrotes de la jaula y se iza penosamente, hasta ponerse de pie. Luego mira a su alrededor, perplejo, y fuerza una burlona risa.)

En la jaula... ¿eh?

(Con el estridente tono de un pregonero de circo.)

¡Adelante, señoras y caballeros! Pasen a ver al único y verdadero...

(Su voz se debilita.)

al único y primitivo... Mono Velludo de las selvas de...

(Se desploma en el suelo como una masa informe y muere. Los monos inician una algarabía de parloteos y lamentos. Y quizás el Mono Velludo haya encontrado finalmente el lugar que le corresponde...)

TELÓN

10 de septiembre de 1979

JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS